

Karl Marx

Las causas de la crisis económica

(Del manuscrito inédito de 1861-1863)



Prefació, traducción y notas:

Francesc J. Hernández

Universidad de València

Ilustración de Portada: Karl Marx en 1861

Prefacio

Entre los abundantes escritos con los que Karl Marx (1818-1883) preparó el primer tomo de su obra *El capital* (1867), la mayor parte de los cuales quedaron inéditos a su muerte, se encuentra un texto sobre las crisis del capitalismo, contenido en el cuaderno decimotercero de los que componen un manuscrito redactado entre 1861 y 1863. Una edición parcial del manuscrito apareció en las *Teorías de la plusvalía*, que Karl Kautsky preparó a comienzos del siglo XX como tomo cuarto de *El capital*, y que se editaron también en las Obras de Marx y Engels (WEW, por las siglas alemanas). Sin embargo, el manuscrito original no fue publicado en edición crítica hasta 1978, cuando apareció en la nueva Edición Completa de las Obras de Karl Marx y Friedrich Engels (MEGA, por las siglas alemanas).

A partir de sus lecturas, generalmente en la biblioteca del Museo Británico, Marx redactaba libretas de anotaciones o excerptas, que posteriormente sintetizaba en otros cuadernos, en los que incluía disposiciones e índices de cómo tendría que ser su obra, y de los que hacía sucesivas síntesis en nuevos cuadernos. Después elaboraba borradores previos de los libros, que a veces su compañera pasaba a limpio con una caligrafía más cuidada y más inteligible para los cajistas de las editoriales. Como corresponde a una redacción preparatoria, estos borradores no tienen subtítulos, la división en párrafos no está cuidada y se intercalan pasajes de los autores comentados. Como corresponde a esta fase de borrador, el escrito de Marx que presentamos aquí está lleno de términos ingleses y eventualmente franceses, frecuentemente germanizados, palabras alemanas con ortografía inglesa y abreviaturas. Así, por ejemplo, David Ricardo es simplemente «Ric.» o «R».

Para hacer más fluida la lectura de este escrito se añaden subtítulos, se despliegan las abreviaturas y se traducen todas las expresiones al castellano, salvo las locuciones latinas. Con ese mismo criterio, se han suprimido algunos largos pasajes de Ricardo, que no aportan nada a la argumentación. Se deja constancia de estas supresiones en las notas al pie, así como de otros detalles de la edición. Los subrayados del manuscrito se presentan con letra cursiva y se indica la paginación original del cuaderno mediante llaves.

Como anexos, el lector encontrará una traducción de los célebres pasajes del *Manifiesto del Partido Comunista* (1848), en los que Marx habla de la crisis del capitalismo, y una breve selección de fragmentos de la correspondencia de Marx y Engels, a propósito de la crisis comercial de 1857. En las casi doscientas cartas conservadas de los años 1856-1858, y de las que aquí se ofrece una muestra significativa, se aprecia bien el esfuerzo de Marx por estudiar el fenómeno de la crisis del capitalismo y elaborar una teoría general que explicara sus causas y que sirviera para una transformación social.

Karl Marx

Las causas de la crisis económica

[1. El problema de las crisis. Destrucción del capital por las crisis]

{XIII-704} [...] Si presuponemos la *producción excedente* del capital constante¹ —es decir, una producción mayor de la que resulta necesaria para la reposición del antiguo capital, y por tanto también para la producción de la antigua cantidad de medios de subsistencia—, la producción excedente o la acumulación en las esferas que elaboran maquinaria, materias primas, etc., no ofrece ninguna dificultad. Si está presente el necesario trabajo excedente, se encontrarán en el mercado todos los medios para una nueva formación de capital, para la transformación del dinero excedente en nuevo capital. Pero el proceso total de acumulación desemboca, ante todo, en una *producción excedente*, que corresponde, por una parte, al crecimiento natural de la población, y, por otra parte, constituye una base inmanente para los fenómenos que se muestran en las *crisis*. La dimensión de esta producción excedente la proporciona el *capital* mismo, la escala existente de las condiciones de producción y el desmesurado deseo de enriquecimiento y capitalización de los capitalistas, y de ninguna manera la proporciona el *consumo*, que está desde un principio fragmentado, ya que la mayor parte de la población, esto es, la población obrera, solo puede ampliar los límites de su consumo dentro de unos márgenes muy estrechos; y por otra parte, en la misma medida en que el capitalismo se desarrolla, la demanda de trabajo disminuye en términos *relativos*, aunque crezca en términos *absolutos*. Añádese a esto que las compensaciones son todas

¹ El capital constante es, según Marx, la parte del capital que se transforma en medios de producción —es decir, materias primas, materias auxiliares y medios de trabajo—, y cuyo valor no cambia en el proceso de producción, permanece constante (cf. *Marx Engels Werke* —en adelante: MEW—, XXIII, p. 223). Como las materias primas, las auxiliares y los medios de trabajo son el resultado de procesos de producción anteriores, puede decir Marx que el capital constante es trabajo materializado (MEW, XXVI.3, p. 321).

casuales y que, aunque la proporción en la aplicación de los capitales a las distintas esferas se compense mediante un proceso constante, la constancia de este proceso presupone, sin embargo, tanto la desproporción constante como que se tenga que compensar constantemente, a menudo de manera violenta.

Aquí solamente tenemos que considerar las formas que atraviesa el capital en sus distintos desarrollos progresivos. Por tanto, no desarrollaremos las relaciones reales, dentro de las cuales sucede el proceso real de producción. Supondremos siempre que la mercancía se vende por su valor. No consideraremos la competencia de los capitales; así como tampoco la banca, ni tampoco la constitución real de la sociedad, que no consiste solamente en las clases de los trabajadores y los capitalistas industriales; y en la que, por tanto, consumidores y productores no resultan idénticos, ya que la primera categoría, la de los consumidores (cuyos ingresos son en parte secundarios, ya que derivan del beneficio y del salario, y no son primarios) es mucho más amplia que la de los segundos, y por ello el modo como los primeros gastan sus ingresos y el volumen de estos ocasionan modificaciones muy grandes en el presupuesto económico, y especialmente en el proceso de circulación y reproducción del capital. Sin embargo, como ya descubrimos en la consideración del dinero², tanto si adopta una forma distinta de la forma natural de mercancía, como en su forma de medio de pago, incluye la posibilidad de la crisis; lo que se deduce aún más de la consideración de la naturaleza general del capital, sin tener que desarrollar las demás relaciones reales que constituyen las premisas del proceso de producción real.

{705} La opinión del anodino Say³ (sobre el que volveremos en la discusión de este hombre lamentable), adoptada por Ricardo⁴ (aunque en realidad pertenece a James Mill⁵), de que no es posible la *superproducción* o de que, por lo menos, no es posible una *saturación general del mercado*, se basa en la tesis de que se intercambian *productos por productos*, o, como diría Mill, de que habría un «equilibrio metafísico de compradores y vendedores», lo que se desarrolló después en la tesis de que la demanda solo está determinada por la producción misma o también en la idea de la identidad de *demanda y oferta*. La misma idea se encuentra también en la forma, tan querida a Ricardo, de que *cualquier cantidad de capital puede ser empleada productivamente* en cualquier país. [...]⁶

En el caso de la reproducción, exactamente igual que en el de la acumulación de capital, no se trata solo de reponer *la misma* masa de valores de uso en que consiste el capital, en su escala anterior o en una ampliada (en el caso de la acumulación), sino de reponer el *valor* del capital avanzado con la tasa de beneficio habitual (plusvalía). Por tanto, si por una circunstancia cualquiera o por una combinación de circunstancias, el precio de mercado de las mercancías (de todas ellas o de la mayoría, eso resulta indiferente) caen muy por debajo de su precio de coste, la reproducción del capital, por su parte, se contraerá lo más posible. Y la acumulación se estancará todavía más. El valor excedente amontonado en forma de dinero (oro o billetes

2 K. Marx: *Contribución a la crítica de la economía política*, Cuaderno 1, Berlín 1859 (MEW, XIII, pp., 77-78, 118 y 122-123).

3 Jean Baptiste Say (1767-1832), economista francés, sistematizador y divulgador de la doctrina de Adam Smith.

4 David Ricardo (1772-1823), economista inglés.

5 James Mill (1773-1836), economista y filósofo inglés, divulgador de la doctrina de Ricardo.

6 Siguen citas de David Ricardo: *On the principles of political economy, and taxation*, 3^a ed. Londres 1821, pp. 339 y 340.

de banco) solo se transformará en capital con pérdidas. Por ello, quedará en barbecho en los bancos como tesoro o también en la forma de dinero-crédito, lo que no cambiaría el asunto. El mismo estancamiento podría producirse por las causas contrarias, si faltaran las *premisas reales* de la reproducción (como en el caso del encarecimiento de los cereales o porque no se acumule suficiente capital constante en especie). En estos casos ocurre un estancamiento en la reproducción, y por tanto en el flujo de la circulación. La compra y la venta se fijan mutuamente, y el capital desocupado aparece en la forma de dinero en barbecho. El mismo fenómeno (y esto es lo que sucede la mayor parte de las veces en las crisis) puede presentarse si la producción del capital excedente ocurre muy rápidamente y su transformación de nuevo en capital productivo aumenta de tal manera la demanda de todos los elementos del mismo que la producción real no puede mantener el ritmo, por lo que aumentarían los precios de todas las mercancías que entran en la formación del capital. En este caso, la tasa de retorno se hundiría mucho, tanto como aumentaría el beneficio, y este hundimiento de la tasa de retorno conduce entonces a operaciones especulativas muy arriesgadas. El estancamiento de la reproducción conduce a la disminución del capital variable, a la caída del salario y a la caída de la masa de trabajo empleada. Por su parte, esta repercute de nuevo sobre los precios y los disminuye en una nueva caída.

No hay que olvidar nunca que de lo que se trata en la producción capitalista no es directamente del valor de uso, sino del valor de cambio, y especialmente del incremento del valor excedente. Este es el motivo impulsor de la producción capitalista, y no es más que una idea bonita la de considerar, prescindiendo de las contradicciones de la producción capitalista y haciendo abstracción de su propia base, que la producción está ordenada al consumo inmediato de los productores.

Además, como el proceso de circulación del capital no es asunto de un día, sino que más bien se extiende a lo largo de amplias épocas, antes de que se lleve a cabo el retorno a sí mismo del capital, como esta época coincide con la época en la que los precios del mercado {706} se igualan a los precios de coste, y como durante esta época se producen en el *mercado* grandes transformaciones y cambios, así como grandes cambios en la productividad del trabajo y, por tanto, también en el *valor real* de las mercancías, resulta evidente que desde el punto de partida –el capital adelantado– hasta su retorno a través de una de estas épocas tienen que haberse producido grandes catástrofes y tienen que haberse acumulado y desarrollado elementos de la crisis que no se pueden soslayar con la pobre frase de que se cambian unos productos por otros. La *comparación* del valor en una época con el valor de las mismas mercancías en una época posterior, que es lo que el señor Bailey⁷ tiene por una fantasía escolástica, constituye más bien el principio fundamental del proceso de circulación del capital.

Cuando se habla de la *destrucción del capital* por las crisis hay que distinguir dos cosas.

En la medida en que el proceso de reproducción se estanca, el proceso de trabajo se restringe o esporádicamente se paraliza, el capital *real* es destruido. La maquinaria que no se usa, no es capital. El trabajo que no se explota es tanto como una producción perdida. Las materias primas que yacen sin utilizar, no son capital. Los edificios que o bien permanecen sin ser utilizados (así como también la maquinaria recién construida) o bien quedan sin terminar, las

⁷ Samuel Bailey (1791-1870), filósofo y economista inglés, que se opuso a la teoría del valor trabajo de Ricardo.

mercancías que se pudren en los almacenes: todo eso es destrucción de capital. Todo esto se traduce en un estancamiento del proceso de reproducción y, con ello, en el hecho de que las condiciones de producción *presentes* no actúen realmente como condiciones de producción ni resulten efectivas. Por tanto, su valor de uso y su valor de cambio se van al diablo.

La *destrucción del capital* significa, en segundo lugar, que mediante la depreciación de *masas de valor* en las crisis, se impide volver a renovar más tarde en la misma escala su proceso de reproducción como capital. Es la caída ruinosa de los precios de las mercancías. Con ello no se destruyen valores de uso. Lo que unos pierden, otros lo ganan. En cuanto masas de valor que son efectivas como capitales, quedan impedidas de renovarse en las mismas manos como *capital*. Los antiguos capitalistas caen en bancarrota. Si el valor de sus mercancías, con cuya venta reproducían su capital, era de 12.000 libras, de las que obtenían unas 2.000 libras de beneficio, y el valor se hunde a 6.000 libras, entonces este capitalista ni podrá dar cuenta de las obligaciones contraídas por él, ni, en caso de que no tuviera obligaciones, podrá comenzar de nuevo su negocio en la misma escala hasta que los precios de las mercancías vuelven a aumentar hasta sus precios de coste. Se destruirá, por tanto, capital por valor de 6.000 libras, aunque al comprador de estas mercancías, en tanto que las ha adquirido a la mitad de su precio de coste, le pueda ir bien cuando el negocio se revitalice de nuevo o, incluso, pueda obtener beneficio. Una gran parte del capital nominal de la sociedad, es decir, del *valor de cambio* del capital existente, queda destruida para siempre, aunque el grado de esta destrucción, dado que no afecta al valor de uso, puede estimular mucho la nueva reproducción. Al mismo tiempo, estas son épocas en las que quien tiene intereses monetarios se enriquece a costa de quien tiene intereses industriales. Por lo que respecta al capital meramente ficticio, títulos del Estado, acciones, etc. –en tanto no empuje a la bancarrota del Estado o de las sociedades anónimas o en tanto no entorpezca en general la reproducción, en la medida en que mine el crédito de los capitalistas industriales que tienen esos títulos–, no es más que la mera transferencia de la riqueza de unas manos a otras y, en conjunto, tendrá un efecto favorable respecto de la reproducción, ya que los arribistas, en cuyas manos caigan a bajo precio estas acciones o estos títulos, son, la mayor parte de las veces, más emprendedores que los propietarios anteriores.

[2. Crítica a las tesis de Ricardo en torno a al superproducción de mercancías]

Ricardo es siempre, cuando tiene conciencia de ello, consecuente. Por eso, en su obra, la tesis de que no es posible ninguna *superproducción* (de mercancías) es idéntica a la tesis de que no es posible ninguna plétora o superabundancia de capital.

Hay que distinguir. Cuando Smith explica la caída de la tasa de ganancia por la superabundancia de capital, por la acumulación de capital, se trata de un efecto permanente, y esto es falso. Es algo distinto, en cambio, cuando hay transitoriamente superabundancia de capital, superproducción, crisis. No hay crisis permanente.

[...] {707} [...] ⁸

¿Qué habría dicho Ricardo, pues, de la estupidez de sus sucesores, que niegan la superproducción en una forma (como abundancia general de mercancías en el mercado) y que en otra forma, como superproducción de capital, como plétora de capital, no solo la admiten, sino que la convierten en el punto esencial de sus doctrinas?

Ningún economista cuerdo del período postricardiano niega la plétora de capital. Más bien todos explican la crisis con ella (cuando no lo hacen a partir de las historias del crédito). Por tanto, todos ellos admiten la superproducción en alguna forma, aunque la niegan en otra. Por tanto, se plantea solo la cuestión de saber qué relaciones mantienen entre sí ambas formas de superproducción, la forma en la que es negada respecto de la forma en la que es reconocida.

El propio Ricardo no sabía nada de las crisis, de las crisis generales, de las crisis del mercado mundial que proceden del proceso de producción. Pudo explicar la crisis de 1800-1815 por el encarecimiento de los cereales a causa de la escasez de las cosechas, de la depreciación del papel moneda, de la depreciación de las mercancías coloniales, etc., ya que a causa del bloqueo continental, por razones políticas y no económicas, se había contraído violentamente el mercado. De la misma manera, explicó la crisis de 1815 en parte por un mal año, por la escasez de cereal, en parte por la caída en el precio del grano, pues habían dejado de actuar las causas que, según su propia teoría, tenían que impulsar hacia arriba el precio del cereal, como eran la guerra y el bloqueo de Inglaterra desde el continente, y en parte por la transición de la guerra a la paz y los correspondientes «cambios súbitos que esto produjo en los canales de comercio» (véase en sus *Principios* ⁹, el cap. XIX: «Sobre los cambios súbitos en los canales de comercio»). Los fenómenos históricos posteriores, especialmente la periodicidad casi regular de las crisis del mercado mundial, ya no permitieron a los sucesores de Ricardo negar los hechos o interpretarlos como hechos fortuitos. En lugar de ello –y dejando a un lado los que quieren explicarlo todo a partir del crédito, y después, para explicarlo, no tienen más remedio que presuponer la superabundancia de capital–, inventaron la bonita distinción entre plétora de capital y superproducción. En contra de esta última mantienen las frases y las buenas razones de Ricardo y Smith, mientras que pretenden deducir de la primera, de la plétora de capital, los fenómenos que resultan inexplicables para ellos. Por ejemplo, Wilson ¹⁰ explica algunas crisis por la plétora de capital fijo; otros, por la plétora de capital circulante. La plétora de capital es afirmada incluso por los mejores economistas (como Fullarton ¹¹) y se ha convertido hasta tal punto en un prejuicio vulgar, que la expresión misma aparece de nuevo en el compendio del erudito señor Roscher ¹² como evidente.

Por tanto, hay que preguntarse qué es la plétora de capital y en qué medida se distingue esta cosa de la superproducción. (Sin embargo, es de justicia observar que otros economistas,

8 Siguen citas de David Ricardo: *On the principles of political economy, and taxation*, op. cit., pp. 340, 347 y 348.

9 David Ricardo: *On the principles of political economy, and taxation*, op. cit.

10 James Wilson (1805-1860), político y economista inglés. Fundador y redactor de *The Economist*.

11 John Fullarton (1780-1849), economista inglés.

12 Wilhelm Georg Friedrich Roscher (1817-1894), economista alemán, publicó el manual *Los fundamentos de la economía nacional* (3ª ed., Stuttgart; Augsburg, 1858), que estaba dirigido, como reza su subtítulo, a estudiantes y hombres de negocio.

como Ure¹³, Corbet¹⁴, etc., explican la superproducción como el estado regular de la gran industria, cuando toman en consideración el interior del país. Por lo que solo ciertas circunstancias, en las que se contrae también el mercado exterior, conducen a la crisis). Según estos economistas, el capital es igual a dinero o mercancías. Por tanto, la superproducción de capital es igual a superproducción de dinero o de mercancías. Sin embargo, se considera que ambos fenómenos no tienen nada en común uno con el otro. Como no habría superproducción de dinero, ya que este es una mercancía, para ellos todo el fenómeno se reduce a la superproducción de mercancías, que admiten con una denominación, pero niegan con otra. Cuando han dicho, además, que se superproduce capital fijo o capital circulante, se basan en que no consideran la mercancía en esta determinación, la más sencilla, sino en su determinación como capital. Pero con ello, por otra parte, lo que admiten de nuevo es que no se trata de que la producción {708} capitalista y sus fenómenos –como, por ejemplo, la superproducción– estén determinados como una relación simple, en la que el producto se presenta como *mercancía*, sino que se trata de las determinaciones sociales mismas, en la que el producto es algo *más* e incluso algo distinto de la mercancía¹⁵.

En general, podemos decir que en la frase *plétora de capital* en lugar de *superproducción de mercancías* solo hay una forma de hablar basada en subterfugios o una inconsciencia temeraria que admite como presente y necesario un fenómeno en tanto se llame *a*, pero lo niega en cuanto se denomine *b*, y, por lo tanto, que solo tiene escrúpulos y reparos sobre el nombre que se le dé al fenómeno, pero no sobre el fenómeno mismo, o también podemos decir que la frase quiere eludir la dificultad de explicar el fenómeno, negándolo en una forma (nombre), en la que contradice los prejuicios existentes, y admitirlo solo en una forma en la que permite pensar nada. Dejando de lado estos aspectos, en el tránsito de la frase «*superproducción de mercancías*» a la frase «*plétora de capital*» hay de hecho un *progreso*. ¿En qué consiste? Consiste en el hecho de que se enfrentan a los productores no como meros poseedores de mercancías, sino como capitalistas. [...]»¹⁶

Por lo que respecta a las crisis, todos los escritores que han expuesto el movimiento real de los precios y todos los prácticos que escriben en un momento dado de crisis, han ignorado con razón la charlatanería presuntamente teórica y quedan satisfechos con decir que esto –a saber, el abarrotamiento del mercado, etc.– puede ser verdad en la teoría abstracta, pero que en la práctica es falso. La repetición regular de las crisis ha hecho que todo lo que carbura Say, etc., se reduzca a una fraseología, que solo es usada en tiempos de prosperidad, pero se envía a tomar viento en tiempos de crisis.

13 Andrew Ure (1778-1857), economista y químico inglés.

14 Thomas Corbet, economista inglés del siglo XIX.

15 Esta idea aparece más claramente formulada en el manuscrito «Capítulo sexto. Resultados del proceso inmediato de producción», redactado por Marx como conclusión del primer tomo de *El capital* y que quedó inédito: «En este capítulo, son tres los puntos a considerar: 1) Las mercancías como producto del capital, de la producción capitalista; 2) La producción capitalista es producción de plusvalía; 3) Es, a fin de cuentas, producción y reproducción de toda la relación, y es a través de ello que este proceso inmediato de producción se caracteriza como específicamente capitalista.» (manuscrito, p. 441).

16 Siguen citas de David Ricardo: *On the principles of political economy, and taxation*, op. cit., pp. 341 y 342.

[3. Crisis derivada de la contradicción interna de la mercancía y el dinero]

{709} En las crisis del mercado mundial, llegan a explotar los antagonismos y las contradicciones de la producción burguesa. En lugar de investigar en qué consisten los elementos contradictorios que explotan en la catástrofe, los apologistas se contentan con negar la catástrofe misma y se obstinan en afirmar, frente a la periodicidad fiel a una ley de las crisis, que la producción, si se ordenase según los manuales, nunca conllevaría crisis. La apología consiste, pues, en el falseamiento de las relaciones económicas más simples y en sostener especialmente la unidad frente a la contradicción.

Por ejemplo, si la compra y la venta –o el movimiento de la metamorfosis de la mercancía– representa la unidad de dos procesos o más bien el curso de un proceso con dos fases contrapuestas, es esencialmente, por tanto, la unidad de ambas fases, así como también es esencialmente la separación de las mismas y el hecho de que se autonomicen una frente a otra. Sin embargo, como forman un conjunto, el hecho de que se autonomicen solo puede *presentarse* de manera violenta, como un proceso destructivo. Es precisamente en la *crisis* donde se activa su unidad, la unidad de cosas distintas. La autonomía que adoptan uno frente al otro los momentos que forman un conjunto uno con otro y que se complementan, es destruida de un modo violento. Por tanto, la crisis manifiesta la unidad de los momentos que se han autonomizado uno frente al otro. No habría ninguna crisis sin esta unidad interna de momentos aparentemente indiferentes entre sí. Pero no es así, dice el economista apologista. Porque se lleva a cabo la unidad, no puede acontecer *ninguna* crisis. Lo que no quiere decir más que la unidad de los momentos contrapuestos excluye la contradicción.

Para demostrar que la producción capitalista no puede conducir a crisis generales, se niegan todas las condiciones y determinaciones formales, todos los principios y diferencias específicas, en una palabra, se niega la *producción capitalista* misma; y lo que se demuestra en realidad es que si el modo de producción capitalista en lugar de una forma específicamente desarrollada, una forma peculiar de la producción social, consistiera en un modo de producción anterior a sus principios más rudimentarios, no habrían contradicciones y antagonismos, por lo tanto, tampoco existirían sus explosiones en las crisis.

«Los productos –se dice en la obra de Ricardo, siguiendo a Say– se compran siempre mediante productos o mediante servicios; el dinero es solo el medio con el que se efectúa el cambio.»¹⁷

Aquí, en primer lugar, la *mercancía*, en la que existe la contradicción entre valor de cambio y valor de uso, se ha convertido pues en mero producto (valor de uso) y, por ello, el cambio de mercancías se ha transformado en mero trueque de productos, de meros valores de uso. Con ello retrocedemos no solo más allá de la producción capitalista, sino incluso más allá de la mera producción de mercancías, y de esta manera se escamotea el fenómeno más intrincado de la producción capitalista –la crisis del mercado mundial–, escamoteando de este modo el hecho de que la primera condición de la producción capitalista, a saber, que el producto tiene

¹⁷ David Ricardo: *On the principles of political economy, and taxation*, op. cit., p. 341.

que ser mercancía y, por tanto, presentarse como dinero y atravesar el proceso de la metamorfosis. En lugar de hablar del trabajo asalariado, se habla de «servicios», una palabra con la que se escamotea de nuevo la determinación específica del trabajo asalariado y de su uso –a saber, incrementar el valor de las mercancías por las que se cambia, crear valor excedente–, así como la relación específica mediante la que el dinero y la mercancía se transforma en capital. Mediante la palabra «servicios», el trabajo es concebido solamente como valor de uso (un asunto marginal en la producción capitalista), del mismo modo que con la palabra «producto» se suprime la esencia de la *mercancía* y la contradicción que radica en ella. De manera consecuente, el *dinero* es concebido también como mero mediador del cambio de productos, no como una forma de existencia esencial y necesaria de la mercancía, que se tiene que presentar como valor de cambio –como trabajo social en general–. Borrando la esencia del {710} valor de cambio, mediante la transformación de la mercancía en mero valor de uso (producto), puede ser negado, o mejor: tiene que ser negado de la misma manera el *dinero* como una figura esencial, que se ha *autonomizado* en el proceso de la metamorfosis frente a la forma original de la mercancía.

Por tanto, se descartan del razonamiento las crisis, olvidando o negando las primeras premisas de la producción capitalista –a saber, la existencia del producto como mercancía, la duplicación de la mercancía en mercancía y dinero, los momentos de la separación en el cambio de las mercancías y, finalmente, la relación entre dinero o la mercancía con el trabajo asalariado.

Por lo demás, no están mejor los economistas (como J. St. Mill¹⁸, por ejemplo) que quieren explicar las crisis desde las simples *posibilidades* de la crisis, contenidas en la metamorfosis de la mercancía, como la separación de compra y venta. Estas determinaciones que explican la posibilidad de la crisis, no explican todavía, ni mucho menos, su realidad, explicar *por qué* las fases del proceso entran en un conflicto tal que solo mediante una crisis, mediante un proceso violento, pueda imponerse su unidad interna. Esta *separación* aparecería en las crisis; sería su forma elemental misma. *Explicar* la crisis desde esta forma elemental significaría explicar la existencia de la crisis proclamando su existencia en su forma más abstracta, esto es, explicar la crisis mediante la crisis.

«Nadie –dice Ricardo– produce, salvo que sea con la pretensión de consumir o de *vender*, y nunca se vende, excepto que sea con el propósito de *comprar* alguna otra mercancía, que pueda ser inmediatamente útil para él o contribuir a una *producción futura*. Por tanto, en la medida que produce, se convierte necesariamente en el consumidor de sus propios bienes (*goods*) o en el comprador y consumidor de las mercancías de alguna otra persona. No se puede suponer que durante *largo tiempo* no esté informado sobre las mercancías que podría producir de manera más ventajosa, para alcanzar el objetivo que persigue, a saber: la *posesión de otros bienes*, y, *por ello*, no resulta probable que él esté produciendo continuamente (*continually*) una mercancía para la que no exista demanda»¹⁹

Esto es una charla infantil propia de Say, pero no digna de Ricardo. En primer lugar, ningún capitalista produce para consumir su producto. Y si hablamos de la producción capitalista,

18 John Stuart Mill (1806-1873), economista y filósofo inglés, divulgador de la doctrina de Ricardo. Hijo de James Mill.

19 David Ricardo: *On the principles of political economy, and taxation*, ed. cit., pp. 339, 340.

podríamos decir con razón que «nadie produce con el propósito de consumir lo producido», incluso si emplea de nuevo parte de su producto en el consumo industrial. Pero aquí se trata del consumo privado. Antes se olvidaba que el producto es una mercancía. Ahora se olvida incluso la división social del trabajo. En las situaciones en las que los hombres producen para sí mismos, no hay de hecho ninguna crisis, pero tampoco ninguna producción capitalista. No hemos oído nunca que los antiguos, con su producción esclavista, conocieran ninguna crisis, aunque también entre los antiguos algunos productores quedaron en quiebra. La primera parte de la alternativa es un sinsentido. Igual que la segunda. Un hombre, que ha producido, no tiene elección sobre si quiere vender o no. Tienen que *vender*. En las crisis ocurre, precisamente, la circunstancia de que no puede vender o que puede vender solo por debajo de precio de coste o que tiene que vender incluso con una pérdida positiva. ¿De qué le sirve a él y, por tanto, de qué nos sirve a nosotros el hecho de que haya producido para vender? Se trata precisamente de saber qué frustra estos buenos propósitos.

Y además: «Nadie *vende*, excepto que sea con el propósito de *comprar* alguna otra mercancía, que pueda ser inmediatamente útil para él o contribuir a una producción futura.» ¡Qué amable descripción de las relaciones burguesas! Ricardo olvida incluso que alguien puede *vender* para *pagar*, y que estas ventas obligadas desempeñan un papel muy importante en las crisis. La pretensión más inmediata del capitalista al vender es transformar su mercancía, o mejor dicho, su capital mercancía en *capital monetario* y, de esta manera, *realizar* su ganancia. Por ello, el consumo –la renta– no es el punto de mira que guía este proceso, lo que sí que es el caso para quien vende meras mercancías para transformarlas en sus medios de subsistencia. Pero esto no es la producción capitalista, en la que la renta se presenta como un resultado, pero no como la finalidad determinante. El que *vende* lo hace ante todo para vender, esto es, para transformar mercancías en dinero. {711} Durante la crisis, el hombre que ha *vendido* pudiera ser que estuviera muy satisfecho, sin pensar por el momento en comprar. Por supuesto que si el valor realizado ha de actuar de nuevo como capital, tendrá que someterse nuevamente al proceso de reproducción, esto es, cambiarse de nuevo por trabajo y mercancías. Pero la crisis es precisamente el momento de la perturbación y de la interrupción del proceso de reproducción. Y esta perturbación no puede ser explicada diciendo que no se lleva a cabo en las épocas en las que no predomina la crisis. No hay duda de que nadie «producirá continuamente una mercancía para la que no hay demanda» (p. 340)²⁰, pero tampoco nadie habla de una hipótesis tan absurda. Ni esta tiene absolutamente nada que ver con el asunto. «La posesión de otros bienes» no es, en principio, la finalidad de la producción capitalista, sino la apropiación de valor, de dinero, de riqueza abstracta.

En este punto, la obra de Ricardo se basa también en la tesis de James Mill, explicada anteriormente por mí, del «equilibrio metafísico de la compra y la venta»; un equilibrio que solo contempla la unidad, pero no la separación en el proceso de compra y venta. De ahí también la afirmación de Ricardo (siguiendo a James Mill):

«Se puede producir demasiado de una mercancía *particular*, por lo que podría existir un abarrotamiento en el mercado y que el capital adelantado no fuera reembolsado. Sin embargo, este no puede el caso respecto de todas las mercancías» (pp. 341, 342)

El dinero no es solo «el medio por el cual se efectúa el cambio» (p. 341), sino también el

20 Véase la nota anterior.

medio por el cual el cambio de un producto por otro llega a disolverse en dos actos, independientes cada uno de ellos y separados el uno del otro, en el tiempo y en el espacio. Y esta falsa concepción del dinero en la obra de Ricardo consiste en que él, en general, solo tiene a la vista la *determinación cuantitativa* del valor de cambio, a saber, el hecho de que es igual a una determinada cantidad de tiempo de trabajo; pero en cambio ha olvidado la *determinación cualitativa*, el hecho de que el trabajo individual solo tiene que presentarse, mediante su enajenación (alienación), como trabajo *abstracto, general, social*.²¹

Decir que solo unas mercancías *particulares* y no *todo* tipo de mercancías pueden producir «un abarrotamiento en el mercado», y que por lo tanto la superproducción solo puede ser parcial, es un recurso muy pobre. En primer lugar, si consideramos solamente la naturaleza de las mercancías, no hay nada que se oponga a que *todas las mercancías* estén presentes en el mercado en abundancia y que, por ello, todas caigan por debajo de su precio. Aquí solo se trata, precisamente, del momento de la crisis; a saber, del momento en el que todas las mercancías, excepto el *dinero*, pueden estar en abundancia. Decir que existe la necesidad para *la* mercancía de presentarse como dinero, solo quiere decir que existe la necesidad para *todas* las mercancías. Y tan pronto existe una dificultad para que una mercancía en particular lleve a cabo esta metamorfosis, puede existir para todas. La naturaleza general de la metamorfosis de las mercancías –que incluye tanto la disociación de compra y venta como su unidad, en lugar de excluir la *posibilidad* de una abundancia general– es más bien la posibilidad de una abundancia general.

Más allá de esto, lo que se encuentra en el trasfondo de las especulaciones de Ricardo y otras semejantes no es solo la relación de *compra y venta*, sino la relación de *la oferta y la demanda*, que tenemos que desarrollar cuando consideremos la competencia entre capitales. Como Mill dice, la compra es venta, etc., y entonces la oferta es demanda y la demanda es oferta, pero del mismo modo pueden disociarse y autonomizarse una frente a la otra. La oferta de todas las mercancías puede, en un momento dado, ser mayor que la demanda de todas las mercancías, bien porque la demanda de la *mercancía general*, del dinero, del valor de cambio, sea mayor que la demanda por todas las mercancías particulares, o bien porque el momento en el que la mercancía se presenta como dinero, el momento de realizar su valor de cambio, predomine sobre el momento de convertir de nuevo la mercancía en valor de uso.

Si se concibe la relación de la oferta y la demanda de una manera más amplia y concreta, entra en escena la relación de *producción y consumo*. Sería preciso hablar de nuevo de la *unidad* de estos dos momentos, que existe en sí misma y se impone de una manera violenta precisamente en las crisis, frente a la *separación* y la *oposición* de los mismos, que existe del mismo modo e incluso resulta característica de la producción burguesa.

Por lo que respecta a la oposición entre la superproducción parcial y la universal, en tanto que de lo que se trataría sería solamente de afirmar la primera para escapar a la última, podemos hacer las siguientes observaciones:

Primero: Precede a las crisis, la mayoría de las veces, una inflación general de los precios en todos los artículos correspondientes a la producción capitalista. Todos ellos, por tanto, toman

21 La edición MEW incluye aquí un párrafo, que la edición MEGA ubica más adelante, como nota al pie, al comienzo de la página 718, a saber, el fragmento «(El hecho de que Ricardo considere el dinero como mero medio de circulación [...] sino como *el* modo de producción por antonomasia.)». Véase la nota 30.

parte en el subsiguiente crac y, con los precios que tenían antes del crac, sobrecargan el mercado. El mercado puede absorber una masa de mercancías a precios inferiores a sus precios de coste, que no podría absorber a sus precios de mercado anteriores. La masa excedente de mercancías es siempre relativa; es decir, es una masa de mercancías con determinados precios. Los precios a los que pueden ser absorbidas las mercancías, resultan ruinosos tanto para los productores como para los comerciantes.

{712} *Segundo:*

Con ello, para que una crisis (también, por tanto, la superproducción) resulte general, es suficiente con que afecte a los artículos comerciales más importantes.

[4. Crítica a las tesis de Ricardo sobre la relación de producción y consumo]

Escuchemos cómo Ricardo pretende refutar el abarrotamiento del mercado:

«Se puede producir demasiado de una determinada mercancía, de la que exista tal abarrotamiento en el mercado que no se recupere el capital invertido. Sin embargo, este no puede ser el caso respecto a todas las mercancías. La demanda de cereal está limitada por las bocas que han de comerlo; la de calzado y vestido, por las personas que deben llevarlos. Pero, aunque una comunidad o una parte de una comunidad pudiera tener tanto cereal, o sombreros o calzado, como pudiera o quisiera consumir, *no se puede decir lo mismo de todas las demás mercancías, que se producen de manera natural o artificial*. Algunos consumirían más vino, si tuviesen la posibilidad; desearían adquirir más muebles o mejorar su calidad; otros querían embellecer sus jardines o ampliar sus casas. El deseo de hacer todo esto o una parte de ello se encuentra en el corazón de todo hombre. *Nada se requiere, salvo los medios, y nada puede conseguirlos, salvo un incremento de la producción.*» (*loc. cit.*, pp. 341, 342)

¿Puede haber un razonamiento más infantil? Se dice esto: de una mercancía particular podría producirse más que podría consumirse. Pero esto no sería válido para *todas* las mercancías, porque las necesidades que se satisficieran con ellas no tendrían límite y todas estas necesidades no serían satisfechas al mismo tiempo. Y al contrario. De la satisfacción de una necesidad resulta otra, por así decir, latente. Por tanto, se requerirían únicamente los medios para satisfacer estas necesidades, y estos medios solo podrían crearse mediante un incremento de la producción. Por tanto, no sería posible ninguna superproducción general.

¿A qué lleva todo esto? En los momentos de superproducción, una gran parte de la nación (especialmente la clase trabajadora) está menos provista que nunca de cereales, calzado, etc., y no digamos de vino o muebles. Si solo pudiera existir superproducción, después de que todos los miembros de la nación hubieran satisfecho sus necesidades más básicas, no solo no habría existido hasta el momento actual de la historia de la sociedad burguesa ninguna superproducción general, sino que incluso tampoco se hubiera dado ninguna superproducción parcial. Si, por ejemplo, el mercado está abarrotado de zapatos o tejidos o vinos o productos

coloniales, ¿esto significa que han satisfecho de manera suficiente sus necesidades de zapatos, tejidos, etc., pongamos las 4/6 partes de la nación? ¿Qué tiene que ver la superproducción en general con las necesidades absolutas? Solo tiene que ver con necesidades solventes. No se trata de superproducción absoluta –superproducción en y para sí en relación con la indigencia absoluta o con el deseo de poseer mercancías. En este sentido no existiría ni superproducción parcial, ni superproducción general. Y tampoco habría ninguna oposición entre ellas.

Pero, dirá Ricardo, si hay mucha gente que necesita zapatos o tejidos, ¿por qué no se procuran los medios para obtenerlos, produciendo alguna cosa para comprar zapatos y tejidos? Todavía sería más sencillo decir: ¿por qué no se fabrican los zapatos y los tejidos? Y lo que resulta más curioso en el caso de la superproducción es que los productores auténticos de muchas mercancías que abarrotan el mercado –los trabajadores– están necesitados de ellas. En este punto no se puede decir que deberían producir las cosas para obtenerlas, pues las han producido y, sin embargo, no las tienen. Tampoco se puede decir que determinadas mercancías abarrotan el mercado porque no existe ninguna necesidad de ellas. Por lo tanto, si no puede explicarse la superproducción *parcial*, diciendo que el mercado está abarrotado porque las necesidades están cubiertas en exceso, tampoco puede descartarse la superproducción general diciendo que, para muchas de las mercancías que están en el mercado, existen necesidades, necesidades insatisfechas.

Sigamos con el ejemplo del fabricante de tejidos. Mientras la reproducción seguía su curso ininterrumpidamente –y, por tanto, también durante la fase de esa reproducción en la que el producto existía como mercancía, como mercancía vendible, y el tejido volvía a convertirse en dinero de acuerdo con su valor–, durante ese tiempo consumían también los trabajadores, los que producían el tejido queremos decir, una parte de él, y con la ampliación de la reproducción –esto es, con la acumulación– lo consumirían progresivamente, o serían ocupados cada vez más trabajadores en la producción del tejido, que al mismo tiempo lo consumen en parte.

[5. La crisis y relación de la mercancía y el dinero]

Demos un paso más en el argumento:

Mediante la disociación del proceso (inmediato) de producción y el proceso de circulación se desarrolla de nuevo y de una manera ampliada la *posibilidad* de la crisis que se mostraba ya en la *mera metamorfosis* de la mercancía. Tan pronto como cada uno de estos procesos no desemboca fluidamente en el otro, {713} sino que se autonomizan mutuamente, tenemos una crisis.

En la metamorfosis de las mercancías se presenta la posibilidad de la crisis.

En primer lugar, la mercancía, que existe de un modo real como valor de uso y de un modo

ideal, en el precio, como valor de cambio, tiene que ser transformada en dinero: M - D²². Cuando esta dificultad, la venta, ha sido resuelta, la compra, D - M, ya no ofrece ninguna dificultad, puesto que el dinero es intercambiable directamente por todo. El valor de uso de la mercancía, la utilidad del trabajo contenido en ella, tiene que ser presupuesto, porque de lo contrario no sería una mercancía. Tiene que presuponerse además que el valor individual de la mercancía es igual a su valor social, es decir, el tiempo de trabajo materializado en ella es igual al tiempo de trabajo socialmente *necesario* para producirla. La posibilidad de la crisis, tal como se presenta en la forma simple de la metamorfosis, se deduce, por tanto, del hecho de que la distinción de formas –las fases– que atraviesa en su movimiento son, en primer lugar, formas y fases que necesariamente se complementan y, en segundo lugar, formas y fases que, a pesar de su vinculación interna y necesaria, existen de manera mutuamente indiferente, disociadas en el tiempo y en el espacio, son formas y partes del proceso que se pueden separar unas de otras y que están separadas. Por tanto, radica únicamente en la separación de la compra y la venta. Solo en la forma de la mercancía está sometida a la dificultad. Tan pronto posee la forma del dinero, desaparece. Pero esta situación de nuevo se resuelve en la disociación de la compra y la venta. Si la mercancía no pudiese retirarse de la circulación en la forma del dinero o si pudiera aplazar su nueva transformación en mercancía –como en el caso del trueque inmediato–, entonces desaparecería la *posibilidad* de la crisis bajo las premisas indicadas. Pues se supone que la mercancía es valor de uso para otro poseedor de mercancías. En la forma del trueque inmediato, las mercancías no serían intercambiables en el caso de que no tuvieran valor de uso o también si, del otro lado, no hubiera ningún valor de uso para cambiarlas. Por lo tanto, solo bajo ambas condiciones: o bien que, de una parte, se haya producido una cosa *sin utilidad* o bien que, de la otra parte, no haya nada *con utilidad* para cambiarse como equivalente por el primer valor de uso. En ninguno de los dos casos, sin embargo, se lleva a cabo ningún cambio. *Cuando se lleva a cabo el cambio*, no se disocian sus momentos. El comprador será vendedor y el vendedor comprador. Entonces desaparecerá el momento *crítico*, el que procede del hecho de que la forma del cambio –en la medida en que es circulación–, y cuando decimos que la forma simple de la metamorfosis incluye la posibilidad de la crisis, decimos simplemente que en esta forma radica la posibilidad de la desintegración y de la disociación de los momentos que se complementan esencialmente. Sin embargo, esto afecta también al contenido. En el caso del trueque inmediato, el grueso de la producción por parte de los productores se dirige a la satisfacción de sus propias necesidades o, en el caso de que se haya desarrollado algo más la división del trabajo, a la satisfacción de las necesidades conocidas por ellos de sus compañeros productores. Lo que se cambia como mercancía es lo superfluo, y resulta indiferente si lo superfluo se cambia o no. En el caso de la producción de mercancías, la transformación del producto en dinero, la venta, es *conditio sine qua [non]*. La producción inmediata para la necesidad propia es omitida. Con la no venta, aparece la crisis. La dificultad de transformar la *mercancía* –el producto particular de un trabajo individual– en *dinero* –en su contrario, trabajo social, abstracto y general– radica en el hecho de que el *dinero* no aparece como un producto particular del trabajo individual, en el hecho de que quien ha vendido, y por tanto posee la mercancía en la forma del dinero, no está obligado a comprar de nuevo inmediatamente, a transformar el dinero nuevamente en un producto particular del trabajo individual. En el trueque no se da esta oposición. En él no puede existir un vendedor sin que exista un comprador, y no puede existir un comprador sin que exista un vendedor. La dificultad del vendedor –bajo la premisa de que su mercancía tenga un valor de uso– procede únicamente de la ligereza del comprador para aplazar la nueva

22 M : mercancía; D : dinero.

transformación del dinero en mercancía. Por ello, la dificultad de transformar la mercancía en dinero, de vender, procede del hecho de que la mercancía tiene que ser transformada en dinero, pero el dinero no tiene que ser transformado inmediatamente en mercancía, y por tanto la *compra* y la *venta* pueden disociarse. Como hemos dicho, el hecho de que esta *forma* incluya la *posibilidad* de la crisis, es decir, la posibilidad de que momentos que se pertenecen mutuamente, que son inseparables, se disocien y, por ello, tengan que ser unidos violentamente, tenga que ser efectuada la unión mediante la violencia de aquello que se ha {714} autonomizado recíprocamente. Y aún más: la *crisis* no es más que la imposición violenta de la unidad de unas fases del proceso de producción que se habían autonomizado una frente a la otra.

La posibilidad abstracta, general, de la crisis no significa más que la forma más abstracta de la crisis, una crisis sin contenido y sin un motivo sustantivo en él mismo. La venta y la compra pueden disociarse. Son, por tanto, *crisis* en *potentia*, y que coincidan resulta siempre un momento crítico para la mercancía. Ambos pueden, sin embargo, articularse mutuamente de una manera fluida. Por lo tanto, resulta que *la forma más abstracta de la crisis* (y, por ello, la posibilidad formal de la crisis) es propiamente la *metamorfosis de la mercancía*, en la que solo se contiene el movimiento desarrollado de la contradicción de valor de cambio y valor de uso, implícita en la unidad de la mercancía, y más allá la contradicción de dinero y mercancía. Pero, por ello, el que esta posibilidad de crisis se vuelva crisis no está contenido propiamente en esta forma; en ella solo está contenido el hecho de que existe *la forma* para una crisis.

Y esto es lo importante en la consideración de la economía burguesa. Las crisis del mercado mundial tienen que ser concebidas como la reunión real y la nivelación violenta de todas las contradicciones de la economía burguesa. Los momentos particulares, que se reúnen, por tanto, en estas crisis, emergerán y se desarrollarán en cada esfera de la economía burguesa, y cuanto más ahondemos en ella, más se tienen que desarrollar las nuevas determinaciones de esta contradicción y, por otra parte, más se tienen que mostrar las formas más abstractas de la misma como formas que reaparecen y se contienen en las formas más concretas.

Se podría, por tanto, decir que la crisis es su primera forma, es la metamorfosis de la mercancía misma, la disociación de compra y venta.

La crisis, en su segunda forma, es la función del dinero como medio de pago, en la que el dinero figura en dos momentos distintos, separados temporalmente, en dos funciones distintas. Aunque ambas formas son todavía completamente abstractas, la segunda es más concreta que la primera.

Por tanto, la consideración del *proceso de reproducción* del capital (que coincide con su circulación) ha de demostrar, ante todo, que en él se repiten sencillamente aquellas formas mencionadas más arriba o, más bien, que es aquí donde pueden recibir un contenido, un fundamento sobre el que se manifiestan.

Consideremos el movimiento que efectúa el capital desde el momento en el que la mercancía abandona el proceso de producción para emerger de él nuevamente como mercancía. Si hacemos abstracción aquí de todas las demás determinaciones del contenido, entonces vemos que todo el capital mercancía y cada mercancía particular en que consiste tienen que llevar a cabo el proceso M - D - M, la metamorfosis de la mercancía. La posibilidad general de la crisis, que está contenida en esta forma –la disociación de la compra y la venta– está, por

tanto, contenida en el movimiento del capital, en tanto que este es *también* mercancía y nada más que mercancía. De la conexión de las metamorfosis de las mercancías unas con otras resulta además el hecho de que una mercancía se transforma en dinero porque otra se convierte de nuevo en mercancía desde la forma de dinero. Por ello, la disociación de compra y venta se presenta aquí, además, en el hecho de que a la transformación de un capital, desde la forma mercancía a la forma dinero, tiene que corresponder la transformación de otro capital, desde la forma dinero a la forma mercancía; a la primera metamorfosis de un capital tiene que corresponder la segunda metamorfosis de otro; al abandono del proceso de producción de un capital tiene que corresponder el regreso al proceso de producción de otro capital. Esta trabazón y este enredo del proceso de reproducción o circulación de los distintos capitales resultan, por un lado, necesarios por la división del trabajo, pero, por otro lado, son casuales, y así la determinación de la crisis, respecto de su contenido, se amplía.

En segundo lugar, sin embargo, y por lo que respecta a la posibilidad de la crisis que se origina en la forma del dinero como *medio de pago*, en el capital se muestra ya un fundamento mucho más real para la realización de esta posibilidad. Por ejemplo, el tejedor tiene que pagar todo el capital constante, cuyos elementos le suministran el hilandero, el agricultor que cultiva el lino, el fabricante de maquinaria, el de hierro y madera, el productor de carbón, etc. En la medida en que los últimos producen capital constante, que solo ingresa en la producción del capital constante, sin que aparezca en la mercancía definitiva, en el tejido, entonces reponen sus condiciones de producción mediante el intercambio de capital. Supongamos que el {715} tejedor vende el tejido al *comerciante* por 1.000 libras, pero por una letra de cambio, en la que el dinero figura como *medio de pago*. Al tejedor, por su parte, le descuenta la letra de cambio el *banquero*, con lo que salda una deuda o paga otra letra de cambio. El agricultor del lino ha vendido al hilandero por una letra de cambio, el hilandero al tejedor, lo mismo que el fabricante de máquinas al tejedor, igual que el fabricante de hierro y máquina al fabricante de máquinas, y lo mismo el productor de carbón al hilandero, al tejedor, al fabricante de máquinas y al productor de hierro y madera. Supongamos además que el fabricante de hierro, el de carbón, el de madera y el de lino se pagan entre sí con letras de cambio. Pues bien, si el comerciante no recibe dinero, no podrá pagar la letra del fabricante de tejidos. El agricultor de lino ha girado su letra sobre el hilandero, el fabricante de maquinaria sobre el tejedor y al hilandero. El hilandero no puede pagar, si no paga el tejedor; y si ambos no pagan al fabricante de maquinaria, este no pagará a los productores de hierro, madera y carbón. Y de nuevo estos, que no realizarán el valor de sus mercancías, no podrán reponer la parte que repone el capital constante. Y se producirá una crisis general. No es más que la *posibilidad de la crisis* desarrollada en el caso del dinero como medio de pago, pero ya vemos aquí, en la producción capitalista, una conexión mutua de los créditos y las obligaciones, de las compras y las ventas, en la que la posibilidad puede desarrollarse en realidad.

Bajo todas las *circunstancias*: si la compra y la venta no se han establecido una frente a otra y, por ello, no tienen que ser compensadas violentamente, o si el dinero funciona como medio de pago, de manera que los créditos se cancelan, por lo que no se realiza la contradicción presente en el dinero como medio de pago, entonces las dos formas abstractas de la crisis no se presentan como tales en la realidad, y por tanto no puede existir ninguna crisis. No puede existir ninguna crisis sin que la compra y la venta se separen una de otra y entren en contradicción o sin que se presenten las contradicciones contenidas en el dinero como medio, sin que, por tanto, la crisis emerja en la forma más simple –la contradicción de la compra y la venta, la contradicción del dinero como medio de pago–. Pero estas son también meras *formas*

–posibilidades generales de la crisis, y por ello también formas, formas abstractas de la crisis real. En ellas se presenta la existencia de la crisis como en sus formas más simples y también con su contenido más simple, en tanto que esas formas son las de contenido más simple. Pero sin que sea todavía un contenido *fundamentado*. La circulación simple de dinero e incluso la circulación del dinero como medio de pago –y ambas proceden de mucho antes de la producción capitalista, de cuando no acontecían crisis– son posibles y reales sin crisis. Por tanto, no se puede explicar solo desde estas formas por qué estas formas adoptan un cariz crítico o por qué la contradicción contenida en ellas en potencia aparece como tal en acto.

Se observa, por ello, la enorme tontería de los economistas, que, cuando ya no pueden soslayar en su razonamiento el fenómeno de la superproducción y de las crisis, se tranquilizan con el hecho de que en aquellas formas existe la posibilidad de que se produzcan *crisis*, por lo que resulta *casual* el hecho de que ellas no se produzcan y el hecho de que se produzcan se presenta como una mera *casualidad*.

Las contradicciones –y, por tanto, las posibilidades de la crisis– desarrolladas en la circulación de mercancías y, más allá, en la circulación del dinero, se reproducen por sí mismas en el capital, ya que la circulación de mercancías y la circulación de dinero solo se lleva a cabo de hecho sobre el fundamento del capital.

De lo que se trata, sin embargo, es de seguir el desarrollo ulterior de la crisis en potencia – pues la crisis real solo puede exponerse desde el movimiento real de la producción capitalista, de la competencia y del crédito–, ya que la crisis procede de las determinaciones formales del capital, que están incluidas *de una manera peculiar* en él en cuanto capital y no en su mera existencia como mercancía o dinero.

{716} El mero *proceso de producción* (inmediato) del capital no puede añadir en este punto nada nuevo. Para que exista en general [la crisis], se tienen que suponer sus condiciones. Por ello, en la primera sección sobre el capital –el proceso *inmediato*²³ de producción– no aparece ningún elemento nuevo sobre la crisis. *En sí mismo*, el elemento está contenido en él, porque el proceso de producción es apropiación y, por ello, producción de plusvalía. Pero esto no puede aparecer en el proceso de producción mismo, porque no versa solo sobre la *realización* del valor reproducido, sino sobre la realización de la plusvalía.

Solo puede surgir el asunto en el *proceso de circulación*, que es al mismo tiempo, en sí y para sí, *proceso de reproducción*.

Hay que observar además que tenemos que exponer el proceso de circulación o proceso de

23 Cuando redacta este texto, Marx concibe su obra *El capital* dividida en tres secciones, como se puede apreciar en las disposiciones que aparecen en las páginas 1109, 1139 y 1140 del manuscrito. Más adelante, Marx convertirá la primera sección en un primer volumen de su obra, el único que publicó en vida. La comparación entre las disposiciones del manuscrito y el volumen publicado en 1867 presenta dos discrepancias notables. Por un lado, en las disposiciones, la primera sección incluye un capítulo sobre los resultados del proceso inmediato de producción, otro sobre las teorías de la plusvalía y otro más sobre el trabajo productivo e improductivo; en el volumen publicado están ausentes estos capítulos y, por otro lado, se intercala una breve sección sobre el salario (en la cual, la relación con el conflicto social queda amortiguada). Algunos autores se inclinan a pensar que Marx, con estos arreglos, pretendía quitar hierro a las primeras partes de su obra, adoptando un tono más económico y menos sociológico, por así decir, para que el libro superara la censura y ganara lectores, lo que, en el caso de la crisis, queda favorecido por el análisis mismo.

reproducción *antes* de que sea expuesto el capital ya ultimado –*capital y beneficio*–, pues tenemos que exponer no solo cómo produce el capital, sino cómo es producido el capital. El movimiento real, sin embargo, parte del capital existente, lo que significa que el movimiento real tiene como fundamento la producción capitalista desarrollada, que parte de sí misma, que se presupone a sí misma. Por ello, el proceso de reproducción y las disposiciones a la crisis desarrolladas ulteriormente en él solo serán expuestas en este epígrafe de manera incompleta y precisaremos que sean completadas en el capítulo «*capital y beneficio*»²⁴.

El proceso de circulación total o el proceso de reproducción total del capital es la unidad de su fase de producción y su fase de circulación; un proceso que transcurre a través de los dos procesos como fases suyas. En ello estriba una posibilidad desarrollada ulteriormente u otra forma abstracta de la crisis. Por ello, los economistas que repudian la crisis se adhieren solo a la unidad de ambas fases. Si solo estuvieran separadas, sin ser una, no sería posible ninguna producción violenta de su unidad, ninguna crisis. Ella es la producción violenta de la unidad entre momentos autonomizados y la autonomización violenta de los momentos que son esencialmente uno.

{770a}²⁵ Por tanto:

1) La *posibilidad* general de las crisis está dada en el mismo proceso de la metamorfosis del capital, y ciertamente de una manera doble: en la medida en que el dinero funciona como *medio de circulación*, por la disociación *de compra y venta*; en la medida en que funciona como *medio de pago*, donde actúa en dos momentos distintos, como *medida de valores* y como *realización del valor*. Estos dos momentos se disocian. Si el valor ha cambiado en *el intervalo*, si la mercancía en el momento de su venta no *vale* lo que *valía* en el momento en el que el dinero funcionaba como medida de valores y, por ello, de obligaciones recíprocas, *lo que se obtenga por las mercancías* no podrá cumplir con la obligación y, por ello, no podrán ser saldadas toda una serie de transacciones que dependen retroactivamente de esta. Si la mercancía no puede ser vendida tampoco en *un cierto período de tiempo*, incluso aunque su valor no cambie, entonces el *dinero* no podrá funcionar como *medio de pago*, pues como tal tiene que funcionar *en un plazo determinado, en un plazo que se presupone*. Pero como esta suma de dinero funciona en este punto para una serie de transacciones y obligaciones recíprocas, la *incapacidad de pago* ocurrirá aquí no solo en uno, sino en muchos puntos, y por ello la *crisis*.

Estas son las *posibilidades formales* de la crisis. Las primeras son posibles sin las últimas; es decir, pueden darse crisis sin crédito, sin que el dinero funcione como medio de pago. Pero la segunda no es posible *sin la primera*, es decir, sin que se disocien en compra y venta. Sin embargo, en este último caso, la crisis no solo se produce porque la mercancía sea invendible, sino también porque no se puede vender en *un determinado período*, y entonces la crisis surge y deriva su carácter no solo de la *imposibilidad de vender* las mercancías, sino también de la *no realización de toda una serie de pagos*, que se basan en la venta de esas mercancías determinadas en un período determinado. Esta es la forma *auténtica* de la crisis de dinero.

24 Marx, en estas notas para sí mismo sobre cómo ha de organizar su obra, se refiere a lo que fue publicado póstumamente por Engels como volumen tercero de *El capital*. En su tercera sección se considera la ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio, sus efectos críticos para el modo de producción capitalista y, también, cómo se pueden contrarrestar sus causas (Cf. MEW, XXVI, pp. 221 ss.).

25 La edición MEGA, como había hecho la edición MEW, realiza aquí una interpolación.

Por tanto, cuando se produce una *crisis* porque se disocian la compra y la venta, la crisis se desarrolla como *crisis de dinero* tan pronto el dinero se ha desarrollado como *medio de pago*, y esta *segunda forma* de las crisis se comprende por sí misma tan pronto *se presenta la primera*. En la investigación de por qué la *posibilidad* general de la *crisis* se convierte en *realidad*, esto es, en la investigación de las *condiciones* de la crisis, por tanto, resulta completamente superfluo ocuparse de la *forma* de las crisis que proceden del desarrollo del dinero como *medio de pago*. Precisamente por ello, los economistas gustan de alegar esta forma *evidente* como *causa* de las crisis. (En la medida en que el desarrollo del dinero como medio de pago está relacionado con el desarrollo del crédito y del *crédito excedente*, se han de desarrollar efectivamente las causas de estos últimos, para lo que es este el lugar).

2) En la medida en que las crisis proceden de *modificaciones de precios y revoluciones de precios*, que no coinciden con las *modificaciones de valor* de las mercancías, no podrían desarrollarse naturalmente en la consideración del capital en general, donde los *valores* de las mercancías presuponen precios *idénticos*.

3) La *posibilidad general* de las crisis es la *metamorfosis* formal del mismo capital, la disociación temporal y espacial de la compra y la venta. Pero esto no es nunca la *causa* de la crisis. Puesto que no es nada más que la *forma más general de la crisis*, por tanto la [crisis] misma *en su expresión más general*. No se puede decir, sin embargo, que la *forma abstracta de la crisis* sea la *causa de la crisis*. Si se pregunta por su causa, se quiere saber precisamente por qué *su forma abstracta*, la forma de su posibilidad, se convierte de posibilidad en *realidad*.

4) Las *condiciones generales* de la crisis, en la medida que son independientes de las *oscilaciones de los precios* (estén o no relacionadas con el sistema de crédito) –en cuanto distintas de las oscilaciones del valor– tienen que ser desarrolladas desde las condiciones generales de la producción capitalista.²⁶

Primer momento. Reconversión del dinero en capital. Presupongamos una determinada etapa de la *producción y de la reproducción*. El capital fijo puede ser considerado aquí como algo dado, invariable, algo que no ha entrado en el *proceso de valorización*. Puesto que la reproducción de las materias primas no depende solo del trabajo empleado en ellas, sino de su productividad, vinculada con las condiciones naturales, entonces puede caer {XIV-771a} la propia masa, esto es, la *masa* del producto con *la misma* cantidad de trabajo (por ejemplo, con malas cosechas). En este caso, *el valor de las materias primas aumentará cuando su masa caiga*. Con ello, se trastorna la *relación* en la que el dinero tiene que transformarse de nuevo en los distintos componentes del capital, para proseguir la producción en la escala anterior. Como tiene que gastarse más en *materias primas*, queda menos para *trabajo* y no puede ser absorbida la misma masa de trabajo que hasta entonces. En primer lugar, *no* puede ser absorbida *físicamente*, porque habrá una merma en las materias primas. *En segundo lugar*, porque habrá que transformar en materias primas una parte [mayor] del *valor del producto*, por lo que quedará una parte menor para que pueda ser transformada *en capital variable*. La reproducción no podrá ser *repetida* en la misma escala. Una parte del *capital fijo* queda detenida, una parte de los trabajadores es lanzada a la calle. La *tasa de beneficio* cae, porque

²⁶ La edición MEW incluye aquí el fragmento: «(Una *crisis* puede sobrevenir: [...] Aquí no tenemos que tratar todavía de los precios, sino de los *valores*.)», que la edición MEGA ubica posteriormente, al retomar, tras el inserto, la página 716.

aumenta el valor del capital constante respecto al variable y es empleado menos capital variable. Los tributos fijos –interés, renta–, anticipados sobre una tasa de beneficio y explotación del trabajo *que no varían*, permanecen iguales; en parte *no pueden ser pagados*. De ahí la *crisis*, la crisis del trabajo y la crisis del capital. Por tanto, esto es una [perturbación] del *proceso de reproducción* por la elevación del valor de una parte del capital constante que se ha de reponer a partir del valor del producto. Se lleva a cabo además, aunque la *tasa de beneficio* disminuya, un *encarecimiento del producto*. Si este producto entra como medio de producción en otras esferas de la producción, su *encarecimiento* provoca en este punto el mismo desajuste en la *reproducción*. Si entra como un medio de subsistencia en el [consumo] general, entrará al mismo tiempo *en el de los trabajadores* o *no entrará*. En el primer caso, coincidirá en sus efectos con el desajuste en el *capital variable*, del que hablaremos más adelante. Pero si entra en el *consumo general*, *puede* con ello (si no cae el consumo del producto) reducir la *demanda* de otros productos, y por ello impedir su *reconversión* en dinero en toda la amplitud de su correspondiente valor y, de este modo, es perturbada, en el *otro lado*, su reproducción, no la *reconversión del dinero* en capital productivo, sino la *reconversión* de la mercancía en dinero. En todo caso, disminuye en esa rama la masa del beneficio y la masa de salario, y con ello una *parte de los ingresos necesarios* para la venta de mercancías de otras ramas de producción.

Sin embargo, esta *inadecuación de la materia prima* puede presentarse también sin la *influencia de las estaciones* o de la *productividad natural* del trabajo que suministra la materia prima. Es decir, si ha entrado una parte indebida del *valor excedente*, del *capital excedente* en la maquinaria, etc. en esa rama, aunque el material fuera suficiente para la *antigua escala de producción*, resultará insuficiente para la *nueva*. Por tanto, esto procedere de una transformación *desproporcionada* del capital excedente en sus diferentes elementos. Se trata de un caso de *superproducción de capital fijo* y provoca exactamente los mismos fenómenos que en el primer caso. (Véase la página final)

{861a} [...] ²⁷

O [las crisis] se basan en la *superproducción de capital fijo* y, por ello, en la correspondiente infraproducción del capital circulante.

Dado que el *capital fijo*, así como el *circulante*, consiste en mercancías, no hay nada más ridículo que aquellos economistas que niegan la *superproducción de mercancías*, pero

27 La edición MEGA interpola la p. 861a, cuya parte superior izquierda está rota. Por ello, solo resultan legibles los finales de las líneas, donde se puede leer:

[...] *Página de portada.*

[...] de la *revolución en el valor* del capital variable, el encarecimiento de los *medios de subsistencia necesarios* mediante

[...] el *volumen de valor* puesto en movimiento por el capital variable. Al mismo tiempo, este aumento

[...] caen *todas las demás mercancías*, las otras mercancías que no [...] en el consumo

[...] la capacidad de ser vendidas por su valor, la primera *fase* de su reproducción

[...] conducen a la crisis a otras ramas en la primera *fase*, la transformación

[...] que estas materias primas como material en el [capital] constante o como medios de subsistencia

[...]

admiten la *superproducción de capital fijo*.

5) *Crisis que proceden de perturbaciones de la primera fase de la reproducción*; es decir, de una transformación perturbada de las mercancías en dinero, o de la *perturbación de la venta*. En las crisis del primer tipo²⁸, la crisis surge de las perturbaciones en la nueva compra de los elementos del capital productivo.

[6. Contradicción entre producción y consumo]

{716} Antes de abordar nuevas formas de crisis²⁹, volvamos sobre Ricardo y los ejemplos anteriores. (Una *crisis* puede sobrevenir: 1) en caso de [dificultades en] la reconversión [del dinero] en capital productivo; [2)] mediante *modificaciones de valor* en los elementos del capital productivo, en particular, en las materias primas, p. ej., si la masa de la cosecha de algodón disminuye. Con ello, su *valor* aumenta. Aquí no tenemos que tratar todavía de los precios, sino de los *valores*.)

Mientras el tejedor reproduce y acumula, sus trabajadores compran también una parte de su producto, desembolsan una parte de su salario por el tejido. Gracias a que el tejedor produce, los trabajadores tienen los medios para comprar una parte de su producto, y por tanto le dan, en parte, los medios para vender. El trabajador solo puede comprar –actuar como demanda– mercancías que entran en el consumo individual, ya que no puede valorizar por sí mismo su trabajo, puesto que no posee tampoco las condiciones de esta realización –los medios y los materiales del trabajo–. En cuanto consumidores, en cuanto compradores, la mayor parte de los productores (los mismos trabajadores, allí donde se ha desarrollado la producción según el modo capitalista) están excluidos de todo esto. Ellos no compran ni materias primas, ni medios de trabajo; ellos solo compran medios de subsistencia (mercancías que entran inmediatamente en el consumo individual). Por ello, no hay nada más ridículo que hablar de la identidad de productores y consumidores, ya que para una gran cantidad de oficios –para todos los que no ofrecen inmediatamente artículos para el consumo– sucede que la masa de las personas que participan en la producción están absolutamente excluidas de la *compra* de sus propios productos. No son nunca consumidores o compradores *inmediatos* de esa gran parte de sus propios productos, aunque pagan una parte del valor de los mismos en los artículos de consumo que compran. Aquí se muestra la ambigüedad de la palabra «consumidor» y la falsedad de identificarla con la palabra «comprador». Desde la perspectiva industrial, son precisamente los trabajadores quienes consumen la maquinaria y las materias primas, utilizándolas en el proceso de trabajo. Pero no las usan para sí. Por ello, tampoco son *compradores* de las mismas. Para ellos no representan ningún valor de cambio, ninguna mercancía, sino condiciones objetivas de un proceso del que ellos mismos son las condiciones

28 Las que se producen por el encarecimiento de las materias primas.

29 En las páginas posteriores de sus cuadernos hay algunas referencias breves a las crisis, que han sido interpoladas aquí, siguiendo las ediciones MEW y MEGA, concretamente en la página 770a y 771a del cuaderno XIII, así como la página 861a del cuaderno XIV.

subjetivas.

{717} Se podría pensar, sin embargo, que su patrón los representa en la compra de los medios y los materiales de trabajo. Pero él los representa bajo condiciones distintas a las que ellos mismos se representarían. Esto es, los representa en el mercado. El patrón tiene que vender una masa de mercancías que representa la plusvalía, el trabajo impagado. Los trabajadores solo tendrían que vender una masa de mercancías que reprodujera el valor que habrían avanzado en el proceso de producción –en los medios y materiales de trabajo y en el salario–. Por ello, el patrón precisa un mercado más amplio del que necesitarían los trabajadores. Y depende de este y no de los trabajadores, el que el patrón considere suficientemente favorable el comenzar la reproducción [del capital].

Los trabajadores, por tanto, son productores, sin ser consumidores –incluso cuando el proceso de reproducción no ha sido perturbado– de todos los artículos que no tienen que ser consumidos desde la perspectiva individual, sino desde la perspectiva industrial.

Por tanto, no hay nada más absurdo, a fin de negar las crisis, que la afirmación de que los consumidores (compradores) y los productores (vendedores) son idénticos en la producción capitalista. Se contraponen completamente. Solo cuando acaece el proceso de reproducción, esta identidad puede ser afirmada para uno de cada 3.000 productores, es decir, para el capitalista. También es falso afirmar, a la inversa, que los consumidores son productores. El terrateniente (la renta de la tierra) no produce, pero sin embargo consume. Lo mismo sucede con el capital financiero.

Las frases apologeticas para negar la crisis resultan importantes en la medida que siempre demuestran lo contrario de lo que quieren demostrar. Para negar la crisis, afirman la unidad allí donde existe la oposición y la contradicción. Por ello, resulta importante que puedan decir que demuestran que si de hecho no existieran las contradicciones que escamotean, entonces tampoco habría ninguna crisis. Pues de hecho existe la crisis porque existen aquellas contradicciones. Cada razón que aducen contra la crisis es una contradicción que escamotean, y por tanto una contradicción real y una razón de la crisis. La voluntad de escamotear contradicciones es al mismo tiempo la expresión de contradicciones realmente existentes, que según el deseo piadoso *deberían* no existir.

Lo que los trabajadores producen, de hecho, es plusvalía. Mientras la producen, tienen algo que consumir. Tan pronto dejan de producir plusvalía, porque cesa la producción, cesa su consumo. Pero cuando tienen algo que consumir, esto no significa de ningún modo que tienen para consumir porque han producido un equivalente a su consumo. Más bien resulta que tan pronto como producen solamente aquel equivalente, cesa su consumo y no tienen ningún equivalente que consumir. O bien se detiene su trabajo o bien se acorta, pero, en todas las circunstancias, se reduce su salario. En este último caso –cuando el nivel de la producción sigue siendo el mismo–, no consumen ningún equivalente para su producción. Y si les faltan estos medios no es porque no los produzcan en número suficiente, sino porque lo que obtienen para adquirirlos es una parte demasiado pequeña de su producto.

Por tanto, cuando se reduce la relación simplemente a la de consumidores y productores, se olvida que los trabajadores asalariados que producen y los capitalistas que producen son dos productores de un tipo completamente distinto, sin considerar a los consumidores que no producen nada. Con ello, niega de nuevo la *oposición*, haciendo abstracción de una oposición

real, que está presente en la producción. La mera relación entre el obrero asalariado y el capitalista implica:

1) Que la mayor parte de los productores (los trabajadores) son no-consumidores (no-compradores) en una parte grandísima de su producto, a saber, la de los medios y materiales del trabajo.

2) Que la mayor parte de los productores, los trabajadores, solo pueden consumir un equivalente de su producto siempre y cuando produzcan más de ese equivalente –la plusvalía o el producto excedente. Tienen que ser siempre *superproductores*, producir más allá de sus necesidades, para poder ser consumidores o compradores dentro de los {718} límites de sus necesidades.³⁰

Por tanto, con esta clase de productores, se presenta en todo caso como una primera impresión falsa la unidad entre producción y consumo.

Cuando Ricardo dice que el único límite de la *demanda* es la producción y que esta se haya limitada por el capital, esto solo significa de hecho, si quitamos las falsas premisas, que la producción capitalista solo encuentra su medida en el capital, y en el capital se incluye, incorporada como una de sus condiciones de producción, la capacidad de trabajo (comprada por aquel). La cuestión es precisamente si el capital como tal es también un límite al consumo. En todo caso, lo es de manera negativa, es decir, lo que no es producido no puede ser consumido en absoluto. Pero la cuestión es si constituye un límite positivo, es decir, si puede y debe ser consumido –sobre la base de la producción capitalista– lo que es producido. La proposición de Ricardo, analizada correctamente, dice precisamente lo contrario de lo que debiera decir, a saber, que la producción no acaece con referencia a los límites existentes del consumo, sino que se haya limitada solo por el capital mismo. Y esto resulta característico, ciertamente, para este modo de producción.

Por tanto, según la premisa, el mercado está, por ejemplo, abarrotado con tejidos de algodón en la medida en que resultan invendibles, en parte o totalmente, o solo se pueden vender por debajo de su precio. (Diremos, por el momento *de su valor*, puesto que en la consideración del proceso de circulación o el proceso de la reproducción estamos tratando todavía con el valor, y aún no con el precio de coste o, menos aún, con el precio de mercado).

Por lo demás, se comprende, con una consideración completa del asunto, que resulta innegable que en algunas esferas se produce en exceso y, por ello, en otras se puede producir demasiado poco; por ello, las crisis parciales pueden proceder de una producción desproporcionada (la *producción proporcionada* es solo el resultado de la producción desproporcionada sobre la base de la competencia), y una forma general de esta producción desproporcionada puede ser la superproducción del capital fijo o, por otra parte, la del capital circulante. Así como es una condición de las mercancías el hecho de que se vendan por su valor, de que solo se incluya en ellas el tiempo de trabajo socialmente necesario, cuando se

30 La edición MEGA añade en este punto, mediante una nota al pie, un texto que la edición MEW antepone a la pág. 711 (véase la nota 21): «(El hecho de que Ricardo considere el dinero como mero *medio de circulación* es lo mismo que el hecho de que contemple el *valor de cambio* solamente como una forma evanescente, como algo meramente formal en la producción burguesa o capitalista, por lo que no ve esta como un modo de producción específicamente determinado, sino como *el* modo de producción por antonomasia.)»

trata de toda una esfera de la producción del capital es condición que del tiempo total de trabajo de la sociedad solo se emplee la parte necesaria en esa esfera particular, solo se emplee el tiempo de trabajo requerido para la satisfacción de la necesidad social (demanda). Si se emplea más, podrá ocurrir que cada mercancía particular solo incluya el tiempo de trabajo necesario; la suma incluirá más que el tiempo de trabajo socialmente necesario, del mismo modo que la mercancía particular tiene un valor de uso, pero en determinadas circunstancias pierde una parte de su valor de uso.

No estamos hablando aquí de la crisis en tanto consiste en una producción desproporcionada, es decir, una desproporción de la distribución del trabajo social entre las esferas particulares de la producción. Solo se puede hablar de ello cuando se trate la competencia de los capitales. Ya se ha dicho³¹ que el aumento o el descenso del valor de mercado causado por esta desproporción tiene como consecuencia la transferencia o la retirada de capital de una rama a otra, la migración de capital de una rama a otra. Sin embargo, en esta equiparación ya está presente el hecho de que presupone lo contrario de la equiparación y, por tanto, puede incluir la *crisis*, ya que la crisis misma puede ser una forma de la equiparación. Este tipo de crisis es reconocido por Ricardo y otros.

Hemos visto al tratar del proceso de producción³², que todos los esfuerzos de la producción capitalista se dirigen a acaparar la mayor cantidad posible de trabajo excedente, y, por tanto, a materializar la mayor cantidad posible de tiempo de trabajo inmediato con un capital dado, ya sea mediante el alargamiento del tiempo de trabajo, ya sea gracias al acortamiento del tiempo de trabajo necesario, mediante el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo, la aplicación de la cooperación, la división del trabajo, la maquinaria, etc., en dos palabras, gracias a la producción en una escala mayor, esto es, a la producción en masa. Por tanto, en la esencia de la producción capitalista radica una producción que no tiene en cuenta los límites del mercado. En la reproducción se presupone, ante todo, el hecho de que el modo de producción sigue siendo el mismo, y seguirá igual durante un período aunque se amplíe la producción. La masa de las mercancías producidas aumenta en este mundo porque se emplea más capital, no porque se emplee de manera más productiva. Pero el mero aumento cuantitativo del {719} capital implica, al mismo tiempo, que la fuerza productiva del mismo sea aumentada. Y si su aumento cuantitativo es consecuencia del desarrollo de la fuerza productiva, esta se desarrolla, a su vez, sobre la premisa de un fundamento capitalista más amplio y más desarrollado. Se lleva a cabo aquí un acción recíproca. La reproducción sobre una base más amplia, la acumulación, aunque originariamente solo se presente como una ampliación cuantitativa de la producción –con más capital con las mismas condiciones de producción–, en un cierto punto se presenta también cualitativamente, como una mayor fecundidad de las condiciones en las que se desarrolla la reproducción. Por ello, el incremento de la masa de productos no solo crece en una relación simple, como el capital en la reproducción ampliada –en la acumulación. Volvamos, por tanto, a nuestro ejemplo de los tejidos.

El estancamiento en el mercado, que está abarrotado de tejidos, trastorna la reproducción del tejedor. Esta perturbación afecta, en primer lugar, a sus trabajadores. Por tanto, estos serán consumidores en una proporción menor o no lo serán en absoluto de sus mercancías –el tejido

31 Páginas 544-546 del manuscrito.

32 En los cuadernos I-V del manuscrito.

de algodón— y de otras mercancías, que entraban en su consumo. Por supuesto, tienen necesidad de tejido de algodón, pero no pueden comprarlo, porque no tienen los medios, y no tienen los medios porque no pueden continuar produciendo, y no pueden continuar produciendo porque han producido demasiado, demasiados tejidos de algodón abarrotan el mercado. No les presta ninguna ayuda el consejo de Ricardo de «incrementar su producción» o «producir algo excedente». Los trabajadores representan ahora una parte de la superproducción momentánea, la «superproducción de trabajadores», en este caso los productores de algodón, porque hay excedente de producción de tejidos de algodón en el mercado.

Pero, además de los trabajadores que están ocupados directamente por el capital empleado en la fábrica de tejidos de algodón, una masa de otros productores está afectada por esta detención en la reproducción del tejido de algodón. Hilanderos, distribuidores de algodón (o cultivadores de algodón), mecánicos (productores de husos y telares, etc.), productores de hierro y carbón, etc. Todos estos tendrían perturbada de la misma manera su reproducción, pues la reproducción del tejido de algodón es una condición de su propia reproducción. Y esto se llevaría a cabo aunque ellos no hubieran *superproducido* en sus propias esferas, es decir, no produzcan en mayor medida que una industria algodonera que esté a flote, en condiciones y justificada. Pues bien, todas estas industrias tienen en común el hecho de que no consumen sus ingresos (los salarios y las ganancias, en cuanto estas últimas son consumidas como ingresos, en cuanto no son acumuladas) en su propio producto, sino que lo consumen en el producto de las esferas que producen artículos de consumo, como, por ejemplo, tejido de algodón. De esta manera, el consumo y la demanda de tejido de algodón disminuyen, precisamente porque hay demasiado de esto en el mercado. Y también disminuye la demanda de todas las demás mercancías que, en cuanto artículos de consumo, se gastan los ingresos de los productores *mediatos* del tejido de algodón. Sus medios para comprar tejido de algodón y otros artículos de consumo están limitados, están contraídos, porque hay demasiado tejido de algodón en el mercado. Y esto se refiere también a otras mercancías (artículos de consumo). De repente hay superproducción *relativa* de ellas, porque se han contraído los medios para comprarlas y con ello la demanda por las mismas. Incluso si en estas esferas no se hubiera dado producción en exceso, ahora habría superproducción.

Si no se lleva a cabo solo la superproducción con los tejidos de algodón, sino también con los de lino, seda o lana, se comprende cómo la superproducción de estos artículos, que aunque sean pocos resultan importantes, induce una superproducción más o menos general (*relativa*) en todo el mercado. Por un lado, tenemos una masa excedente de todas las condiciones de la reproducción y una masa excedente de toda clase de mercancías invendidas. Por otro lado, tenemos capitalistas en bancarrota y trabajadores desprovistos de todo y hambrientos.

Este argumento, no obstante, tiene dos partes. Si bien resulta fácil comprender cómo la superproducción en algunos artículos de consumo importantes tiene que arrastrar detrás de sí una superproducción más o menos general —el fenómeno mismo—, con ello no se ha comprendido de ningún modo cómo puede llevarse a cabo la superproducción en estos artículos. Pues el fenómeno de la superproducción general se deriva no solo de la dependencia de los trabajadores que están ocupados inmediatamente en estas industrias, sino de todas las ramas industriales, que producen en las distintas fases, las fases previas de su producto, su capital constante. Para estas últimas la superproducción es un efecto. Pero ¿de dónde proviene con respecto a las primeras? Puesto que las últimas funcionan mientras las primeras funcionan, y con este funcionamiento parece estar asegurado un crecimiento general de los

ingresos, y por tanto también la de su propio consumo.

{720} (Cuando fueron inventadas las máquinas de hilar, hubo una superproducción de hilados en relación a los tejidos. Se superó este desfase tan pronto fue introducido el telar mecánico en la fábrica textil.)

[7. Retraso del mercado respecto de la producción en aumento]

Se nos contestará que la producción, que está ampliándose siempre (que se amplía año a año por una razón doble; en primer lugar, porque el capital empleado en la producción crece de manera constante; en segundo lugar, porque es empleado de manera constantemente más productiva; durante la reproducción y la acumulación se introducen constantemente pequeñas mejoras, que modificarían finalmente toda la escala de la producción; se lleva a cabo una acumulación de las mejoras, un desarrollo acumulativo de las fuerzas productivas), precisa un mercado que se esté ampliando continuamente, pero de esta manera, al ampliarse la producción más rápidamente que el mercado, se tiene el fenómeno que hay que explicar, solo que expuesto de otra manera, en lugar de en su forma abstracta, en su forma real. El mercado se amplía más lentamente que la producción, o en el ciclo que recorre el capital durante su reproducción –un ciclo en el que no se reproduce simplemente, sino que lo hace en una escala superior, en el que no describe un círculo, sino una espiral– se presenta un momento en el que el mercado aparece como demasiado estrecho para la producción. Este está al final del ciclo. Esto quiere decir en definitiva que el mercado está abarrotado. La superproducción es manifiesta. Si la ampliación del mercado mantuviera el ritmo de la ampliación de la producción, entonces no habría abarrotamiento del mercado, no habría superproducción. Sin embargo, con el mero reconocimiento de que el mercado tiene que ampliarse con la producción, por otra parte, ya se tendría que admitir de nuevo la posibilidad de una superproducción, ya que, en el exterior, el mercado está circunscrito geográficamente, y el mercado interior se presenta como limitado frente a un mercado que sea interno y externo, y este también estaría limitado frente a un mercado mundial, que está limitado en todo momento aunque, en él mismo, sea susceptible de una ampliación. Por lo tanto, si se ha de aceptar que el mercado tiene que ampliarse para que no se lleve a cabo ninguna superproducción, entonces hay que aceptar también que pueda llevarse a cabo la superproducción pues es posible que en el caso del mercado y la producción, en tanto que [son dos momentos] indiferentes entre sí, la ampliación de uno podría *no* corresponder a la ampliación del otro, pues es posible que los límites del mercado no se extiendan con la rapidez suficiente para la producción o es posible que los nuevos mercados –las nuevas extensiones del mercado– puedan ser sobrepasadas rápidamente por la producción, de manera que el mercado ampliado se presente ahora como un límite, de la misma manera que lo era antes el más restringido.

Por ello, Ricardo niega consecuentemente la necesidad *de una ampliación del mercado* con la ampliación de la producción y el crecimiento del capital. Todo el capital que está presente en un país puede también ser invertido ventajosamente en ese país. Por ello, polemiza contra A.

Smith, quien por una parte ha establecido *su* punto de vista (el de Ricardo) y, con su habitual instinto racional, también le contradice. Smith todavía no conoce el fenómeno de la superproducción, de las crisis por superproducción. Lo que conocía eran solamente crisis de crédito y monetarias, que se presentaban por sí mismas en los sistemas crediticio y bancario. De hecho, veía en la acumulación del capital un aumento incondicionado de la riqueza general y del bienestar del pueblo. Por otra parte, concibe el mero desarrollo del mercado interno respecto del mercado exterior, del colonial y del mundial, como una prueba de una superproducción, por así decir, relativa (que existe en ella misma) en el mercado interno.³³
[...] {721} [...]

[8. Contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la limitación del consumo]

La palabra *superproducción* induce, en ella misma, al error. Hasta que las necesidades más urgentes de una gran parte de la sociedad no estén satisfechas o *solo* lo estén sus necesidades más inmediatas, no se puede hablar de manera absoluta, naturalmente, de *superproducción de productos*, en el sentido de que una masa de productos fuera superflua en relación a las necesidades. Por el contrario, se tendría que decir, en este sentido, que sobre el fundamento de la producción capitalista constantemente *se infraproduce*. El límite de la producción es el beneficio de los capitalistas, y de ninguna manera la necesidad de los productores. Sin embargo, superproducción de productos y superproducción de *mercancías* son dos cosas totalmente distintas. Cuando Ricardo opina que la forma de la *mercancía* sería indiferente para el producto y que, además, la *circulación de mercancías* solo se distinguiría formalmente del trueque, que el valor de cambio solo sería aquí una forma fugaz del intercambio material y que el dinero sería meramente el medio formal de la circulación, todo esto procedería de hecho de su premisa de que el modo de producción burgués sería el modo de producción absoluto, y que sería por ello un modo de producción sin ninguna determinación específica ulterior, en el que lo que se determina en él solo sería formal. Por tanto, tampoco puede aceptar que el modo de producción burgués incluye un límite para el libre desarrollo de las fuerzas productivas, un límite que se presenta en las crisis y, entre otras cosas, en la *superproducción*, el fenómeno fundamental de las crisis.

33 A continuación, Marx copia varios fragmentos de las páginas 344-348 de la obra de Ricardo citada. En alguna ocasión, anota un comentario. Por ejemplo, cuando Ricardo, citando a Smith, escribe: «Adam Smith observó acertadamente que “el deseo de alimento en toda persona está limitado por la capacidad restringida del estómago humano”», Marx anota: «A. Smith yerra mucho en este punto, cuando excluye la agricultura de los artículos de lujo». Y, a continuación, después de transcribir la frase de Ricardo: «La naturaleza, por tanto, ha limitado necesariamente la suma de capital que puede ser ocupada cada vez, de manera provechosa, en la agricultura», anota: «¿Será probablemente por ello que hay pueblos que exportan la producción agrícola? ¿Como si no se pudiera, a pesar de la naturaleza, enterrar todo el capital posible para producir en Inglaterra, por ejemplo, melones, higos, uvas, etc., flores, aves de corral y silvestres, etc. ¿Y como si las materias primas de la industria no se produjeran mediante el capital agrícola? (véase, por ejemplo, el capital que los romanos pusieron solamente en el cultivo artificial de la pesca)».

{722} Ricardo veía por las palabras de A. Smith citadas, apreciadas y, por ello, repetidas por él³⁴, que el «deseo» desmesurado por valores de uso de todo tipo se satisface siempre sobre la base de un estado en el que la masa de los productores tiene limitado más o menos el acceso a la «alimentación» y a los «bienes de primera necesidad», esto es, a lo necesario, un estado en el que, por tanto, esta grandísima masa de los productores está más o menos excluida del consumo de la riqueza –en la medida que vaya más allá del círculo de los bienes de primera necesidad.

Es cierto que esto último sucedía también y en un grado todavía mayor en la producción antigua, basada en la esclavitud. Pero los antiguos tampoco pensaban en transformar el excedente producido en capital, o por lo menos solo lo pensaban en un grado pequeño. (La presencia generalizada de un verdadero acaparamiento en este caso muestra la cantidad de excedente producido que permanecía completamente baldío). Empleaban una gran parte del excedente producido en gastos improductivos como obras de arte, obras religiosas u obras públicas. Era aún menor que esta, la producción de ellos dedicada a desencadenar y desplegar las fuerzas productivas materiales –la división del trabajo, la maquinaria, el empleo de fuerzas naturales y la ciencia en la producción privada–. De hecho, nunca resultó superior por lo general a la que dedicó el trabajo artesano. Por ello, la riqueza que crearon para el consumo privado era relativamente pequeña y solo aparece como grande porque está amontonada en pocas manos, que, por lo demás, no sabían qué hacer con ella. Por esa razón, en la antigüedad, no había *superproducción*, había un *superconsumo* de la riqueza, que en los últimos tiempos de Roma y de Grecia degeneró en un despilfarro alocado. Los pocos pueblos comerciales en aquellos medios vivían, en parte, a costa de todas aquellas naciones esencialmente pobres. El fundamento de la superproducción moderna es el desarrollo incondicionado de las fuerzas productivas y, con ello, la producción en masa, que se basa, por una parte, en que la masa de productores es encerrada en el círculo de los bienes de primera necesidad y, por otra parte, en el límite establecido por el beneficio de los capitalistas.

Todas las dificultades que a Ricardo y a otros les plantea la superproducción, etc., se basan en que consideran la producción burguesa como un modo de producción en el que o bien no existe distinción entre la compra y la venta –el trueque directo– o bien la consideran como producción *social*, en la que la sociedad, como siguiendo un plan, distribuye sus medios de producción y fuerzas productivas en el grado y en la medida que resulta necesario para la satisfacción de sus distintas necesidades, de manera que en cada esfera de producción recaería la *parte alícuota* exigida para satisfacer las necesidades que le correspondan. Esta ficción se origina en general en la incapacidad de concebir la forma específica de la producción burguesa, y esa incapacidad surge a su vez de estar enfrascados en la concepción de que la producción burguesa es la producción por antonomasia. Del mismo modo que un individuo que cree en una determinada religión, verá en ella la religión por antonomasia y a las demás solo como religiones *falsas*. Habría que preguntar más bien lo contrario: ¿cómo, sobre la base de la producción capitalista, en la que cada uno trabaja para sí y el trabajo particular tiene que presentarse al mismo tiempo como su contrario, el trabajo general abstracto, y de esta forma como trabajo social, sería posible la necesaria equiparación y unión de las distintas esferas de la producción, la masa y la proporción entre las mismas, de otro modo que mediante la cancelación permanente de una desarmonía continua? Y esto se admite incluso cuando se habla de la equiparación de la competencia, pues estas equiparaciones presuponen siempre

34 Véase la nota anterior.

que hay alguna cosa que equiparar, y por tanto que la armonía solo es siempre el resultado del movimiento de la cancelación de la desarmonía existente. Por ello, Ricardo admite también el abarrotamiento para mercancías particulares; lo *imposible* solo sería un abarrotamiento simultáneo y general del mercado. Por ello, no se niega la posibilidad de la superproducción para alguna esfera particular de la producción; [la imposibilidad de la superproducción en general] consistiría en [la imposibilidad de] la *simultaneidad* de estos fenómenos para *todas* las esferas de la producción y por ello de un abarrotamiento general del mercado. (Una expresión que hay que tomar siempre *cum grano salis*, pues en momentos de superproducción general, la superproducción en algunas esferas es solo *resultado*, *consecuencia* de la superproducción en los artículos comerciales importantes; superproducción *relativa*, que existe porque hay superproducción en otras esferas). La apologética le da la vuelta a esto y lo convierte en lo contrario: en la superproducción de los artículos comerciales más importantes –que son en general artículos que pueden ser producidos de manera masiva y por un proceso fabril (incluso en la agricultura)– solo se evidenciaría una superproducción activa, porque la superproducción existe en los artículos en los que se evidencia una superproducción relativa o pasiva. Por consiguiente, existe la mera superproducción, porque la superproducción no es universal. La *relatividad* de la superproducción –el hecho de que la superproducción real en una esfera induce la de otras– se manifiesta de este modo: no existe superproducción *universal* porque, si hubiera superproducción universal, todas las esferas de la producción mantendrían la misma proporción unas con otras; por tanto, la superproducción universal sería lo mismo que la producción proporcional, lo que excluye la superproducción. Y esto es lo que se aduciría contra la superproducción {723} universal. Como, de este modo, una *superproducción universal* no sería, en sentido absoluto, ninguna superproducción, sino solo un desarrollo más que habitual de la fuerza productiva en todas las esferas de la producción, entonces esto, una *superproducción real* que se cancela a sí misma, sería algo inexistente, *no* existiría. O mejor, existiría solo porque no es el caso. Si se observa esta sofística miserable de manera más precisa, llegamos a lo siguiente. Por ejemplo, si se lleva a cabo una superproducción en hierro, tejidos de algodón, de lino, seda, lana, etc., no puede decirse, por ejemplo, que se ha producido demasiado poco carbón y que, por ello, se ha llevado a cabo aquella superproducción; pues aquella superproducción de hierro, etc., incluye completamente una superproducción de carbón, así como, por ejemplo, una superproducción de tejido incluye la de hilado. (Sería posible la superproducción de hilado sin la de tejido, la de hierro sin la de maquinaria, etc. Esto sería superproducción relativa de capital constante.) Por tanto, no se podría hablar de la infraproducción del artículo cuya superproducción está implícita, porque ingresa como elemento, materia prima, materia instrumental o medio de producción en el artículo (la «mercancía particular de la que puede producirse demasiado, de la que puede estar el mercado tan abarrotado que no reembolse el capital gastado en ella») cuya superproducción positiva es precisamente el hecho que hay que explicar. Hay que hablar, en cambio, de otros artículos, que pertenecen directamente a esferas de producción, que ni son subsumidas bajo las mercancías más importantes, que según la premisa son superproducidas, ni lo son en aquellas esferas en las que por constituir la *producción mediadora* para estas esferas, la producción tiene que haber avanzado, por lo menos, tanto como en las fases conclusivas del producto, aunque nada impide que haya seguido su curso y, por ello, que se haya llevado a cabo una superproducción dentro de la superproducción. Así, por ejemplo, aunque tiene que producirse mucho carbón para mantener las industrias en las que el carbón ingresa como condición necesaria de la producción, y por lo tanto la *superproducción* de carbón está incluida en la *superproducción* de hierro, hilados, etc. (aunque el carbón sea producido de manera proporcionada para la producción de hierro y de hilados), *también* resulta posible que

se produzca más carbón del que exigiría la superproducción de hierro, hilados, etc. Esto no solo es posible, sino muy probable. Pues *la producción de carbón e hilado* y la de cualquier otra esfera de producción que suministre solo la condición o la fase previa del producto que se completa en otra esfera, no se ajusta a la demanda inmediata, a la producción o la reproducción inmediata, sino al *grado, medida, relación* (proporción), en la que estas se extienden. Y es obvio que en estos cálculos puede exceder el objetivo. Por lo tanto, en otros artículos, como, por ejemplo, pianos, piedras preciosas, etc., no se habría producido bastante, se habría *infraproducido*. (Ciertamente, hay también superproducciones que no son la consecuencia de la superproducción de artículos importantes, sino que la causa de la superproducción está, por el contrario, en una *infraproducción*, como, por ejemplo, si decrece la cosecha de cereales o algodón, etc.) Lo absurdo de esta frase se presenta de manera evidente si se le da un tinte internacional, tal y como ha hecho Say y otros después de él. Por lo que, por ejemplo, Inglaterra no habría *superproducido*, sino que Italia habría *infraproducido*. Si Italia 1) tuviera el capital suficiente para reponer el capital inglés, que es exportado a Italia en forma de mercancías, y 2) empleara su capital de manera que produjera los artículos peculiares que precisa el capital inglés, en parte para sí mismo y en parte para reponer las rentas que desaparecen, entonces no se llevaría a cabo ninguna superproducción. Por lo tanto, no existiría el hecho de la *superproducción* real y existente en *Inglaterra* –con relación a la producción *real* en Italia–, sino solo el *factum* de la *imaginaria infraproducción en Italia*, imaginaria porque presupone un {724} capital en Italia y un desarrollo de fuerzas productivas que no existe allí, y, en segundo lugar, porque parte de la premisa, igualmente utópica, de que este capital que no existe en Italia se emplearía precisamente como sería necesario para que la oferta inglesa y la demanda italiana, la producción inglesa y la italiana, se complementasen, lo que no significa más que, dicho con otras palabras, que no habría superproducción si la oferta y la demanda se correspondieran, si el capital se distribuyera de manera tan proporcionada en todas las esferas de la producción que la producción de un artículo incluyera el consumo de otro, por tanto, su propio consumo. No habría superproducción si no hubiera superproducción. Pero si la producción capitalista se pudiera refrenar en ciertas esferas y bajo condiciones dadas, entonces no sería posible la producción capitalista si tuviera que desarrollarse de *manera simultánea y uniforme* en todas las esferas. Porque la superproducción en estas esferas se lleva a cabo de manera absoluta, se tendría que efectuar también de manera relativa en las esferas en las que no se superproduzca. Por tanto, esta explicación de la superproducción mediante la infraproducción no quiere decir, por un lado, más que el hecho de que si se llevara a cabo una producción proporcional, no se daría ninguna superproducción. Dicho de otro modo, si se correspondieran la oferta y la demanda. O dicho de otro modo, si todas las esferas incluyeran las mismas posibilidades de producción capitalista y de su ampliación –división del trabajo, maquinaria, exportación a mercados lejanos, etc., producción en masa–, si todos los países, que comercian entre ellos, poseyeran la misma capacidad de producción (y se complementasen su distinta producción). Por tanto, se lleva a cabo la superproducción porque no se cumplen todos estos deseos piadosos. O dicho de manera todavía más abstracta: no se llevaría a cabo ninguna superproducción en un lado si la producción se efectuara en todos los lados por igual. Pero el capital no es lo suficientemente grande para superproducir de manera tan universal, y por ello se efectúa una superproducción parcial. Consideremos más de cerca esta fantasía.

Se acepta que en cada *rama particular* se puede superproducir. La única circunstancia que podría impedir simultáneamente la superproducción *en todas* las ramas sería el hecho que unas mercancías se cambien por otras mercancías –esto es, el recurso a las condiciones

supuestas del trueque. Pero este subterfugio queda truncado precisamente gracias al hecho de que el comercio no es el trueque, y, por tanto, el comprador de una mercancía no es, necesariamente y al mismo tiempo, el comprador de otra. Todo este subterfugio consiste, por tanto, en hacer abstracción del *dinero* y, con ello, en hacer abstracción del hecho de que no se trata del intercambio de productos, sino de la circulación de mercancías, en la que es esencial la contraposición de compra y venta.

La circulación del capital incluye en sí misma *posibilidades* de perturbaciones. Con la reconversión del dinero en sus condiciones de producción no se trata, por ejemplo, de convertir de nuevo el dinero en los mismos valores de uso (del mismo tipo), sino en la repetición del proceso de reproducción en lo esencial, a saber, en que estos valores de uso se puedan tener por su antiguo valor (por un valor inferior es todavía mejor). Sin embargo, una de las partes más importantes de estos elementos de la reproducción, la que consiste en las materias primas, puede aumentar por dos *razones*: *en primer lugar*, si los instrumentos de producción aumentan en una proporción más rápida de la que se pueden crear las materias primas; *en segundo lugar*, de acuerdo con el carácter variable de las cosechas. Por ello, el tiempo (el clima) desempeña un papel tan importante en la industria moderna, como Tooke³⁵ ha observado de manera correcta. (Lo mismo es válido para los medios de subsistencia con respecto a los salarios). Por tanto, la reconversión del dinero en mercancía puede tropezar con dificultades y crear posibilidades de crisis, exactamente igual que la conversión de la mercancía en dinero. En la medida en que se considera la circulación simple, y no la circulación del capital, no se presentan estas dificultades. (Hay además una masa de factores, condiciones, posibilidades de crisis, que solo podrán ser consideradas cuando se traten las relaciones más concretas, a saber, la competencia de los capitales y el crédito).

{725} Es negada la *superproducción de mercancías* y, en cambio, se acepta la *superproducción de capital*. Pero el capital consiste propiamente en mercancías, y cuando consiste en dinero tiene que ser reconvertido de una manera u otra en mercancías para poder funcionar como capital. Por tanto, ¿qué significa *superproducción de capital*? Superproducción de una masa de valor, que está destinada a crear plusvalía (o si se considera el contenido material, superproducción de mercancías que están destinadas a la reproducción); por tanto, *reproducción en una escala demasiado grande*, lo que es lo mismo que la superproducción por antonomasia. Con una consideración más próxima, esto, a su vez, no significa más que se produce demasiado con fines de *lucro* o que se destina una parte demasiado grande del producto no a ser consumida como renta, sino a *hacer más dinero* (a ser acumulada), no a satisfacer las necesidades privadas de su poseedor, sino a crearle la riqueza social abstracta, dinero y más poder sobre el trabajo ajeno, más capital –o a engrosarle este poder. Esto es, por una parte, lo que se ha dicho. (Ricardo lo niega). Y, por otra parte, ¿cómo se explica la superproducción de las mercancías? diciendo que la producción no está bastante diversificada, que determinados objetos de consumo no son producidos en masa de forma suficiente. Resulta claro que aquí no puede tratarse del consumo industrial, pues si el fabricante que produce exceso de tela, aumenta por ello, necesariamente, su demanda de hilo, maquinaria, trabajo, etc. Se trata, por tanto, del consumo privado. Se ha producido demasiada tela, pero, quizás, muy pocas naranjas. Antes se negaba el dinero, para presentar [como no existente] la escisión entre compra y venta. Ahora se niega el capital, para transformar a los

35 Th. Tooke: *A history of prices, and of the state of the circulation*, vols. I-VI, Londres, 1838-1857, especialmente vol. IV (1848).

capitalistas en gente que realiza la simple operación M-D-M y que produce para el consumo individual no *como* capitalistas, con el objetivo de producir enriquecimiento, con el objetivo de reconvertir una parte de la plusvalía en capital. Sin embargo, la frase de que hay *demasiado capital* no significa más que se consume y solo puede consumirse, en las condiciones dadas, una parte demasiado pequeña como renta. (Sismondi³⁶). ¿Por qué el productor de telas plantea al productor de cereal la exigencia de que este consuma más telas, o este le plantea a aquel que consuma más cereal? ¿por qué el productor de telas³⁷ no realiza una parte mucho mayor de su renta (plusvalía) en telas y el agricultor en trigo? En cada caso particular se acepta que se opone su necesidad de capitalización (dejando a un lado el límite de sus necesidades). Pero no es el caso si los consideramos a todos juntos.

(Hacemos abstracción aquí completamente del elemento de las crisis que procede del hecho de que las mercancías se reproducen de un modo más barato que se produjeron. Por ello, la depreciación de las mercancías que se encuentran en el mercado).

Todas las contradicciones de la producción burguesa hacen eclosión de manera colectiva en las crisis generales del mercado mundial; en las crisis particulares (*particulares* respecto a su contenido y extensión) solo aparecen de un modo disperso, aislado, unilateral.

La *superproducción* tiene en especial como condición la ley general de producción del capital: producir en la medida de las fuerzas productivas (es decir, la posibilidad de, con una masa dada de capital, explotar la masa mayor que sea posible de trabajo), sin considerar los límites que existen en el mercado, ni a las necesidades solventes, y esto mediante el aumento constante de la reproducción y la acumulación, llevando a cabo, por lo tanto, la reconversión de renta en capital, mientras {726}, por otro lado, la masa de los productores está limitada, y en la organización de la producción capitalista tiene necesariamente que estarlo, a la cantidad media de necesidades.³⁸

36 Jean Charles Léonard Simonde de Sismondi (1773-1842), economista e historiador suizo. Para él, la crisis era «la desproporción creciente entre producción y consumo» (*Nouveaux principes d'économie politique ou de la richesse dans ses rapports avec la population*, París, 1827, p. 371).

37 En el manuscrito: «comerciante de telas».

38 Sigue en el cuaderno una miscelánea de citas de Ricardo.

Anexo I

Fragmentos del *Manifiesto del Partido Comunista (1848)* sobre la crisis del capitalismo

I. Burgueses y proletarios

[...]

La burguesía, durante su dominio de clase apenas secular, ha creado fuerzas de producción más masivas y colosales que todas las generaciones pasadas juntas. Sojuzgamiento de las fuerzas de la naturaleza, maquinaria, aplicación de la química a la industria y a la agricultura, navegación a vapor, ferrocarriles, telégrafos eléctricos, roturación de continentes enteros, conversión de los ríos en navegables, poblaciones completas como surgidas de tierra; ¿qué siglo anterior sospechaba que fuerzas productivas semejantes dormitaban en el seno del trabajo social?

Hemos visto, pues, que los medios de producción y de cambio, sobre cuya base se ha formado la burguesía, fueron generados en la sociedad feudal. En una cierta etapa del desarrollo de estos medios de producción y de cambio, las relaciones en las que la sociedad feudal producía e intercambiaba, la organización feudal de la agricultura y de la manufactura, en una palabra: las relaciones feudales de propiedad, ya no correspondían a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Estas paraban la producción, en lugar de fomentarla. Se transformaron en otras tantas cadenas. Era necesario romperlas, y fueron rotas.

Su lugar fue ocupado por la libre competencia, con la constitución social y política adecuada a ella, con el dominio económico y político de la clase burguesa.

Ante nuestros ojos sucede un movimiento semejante. Las relaciones burguesas de producción y circulación, las relaciones burguesas de propiedad, la moderna sociedad burguesa, que ha producido, como por arte de magia, medios de producción y circulación tan poderosos, parece el brujo que ya no es capaz de dominar los poderes subterráneos que ha conjurado. Desde hace decenios, la historia de la industria y del comercio es solamente la historia de la rebelión de las modernas fuerzas productivas contra las modernas relaciones de producción, contra las

relaciones de propiedad que son las condiciones vitales de la burguesía y de su dominio. Es suficiente con mencionar las crisis comerciales, que, con su retorno periódico, ponen en cuestión de manera cada vez más amenazadora la existencia de toda la sociedad burguesa. En las crisis comerciales se destruye regularmente no solo una gran parte de los productos elaborados, sino también de las fuerzas productivas ya creadas. En las crisis se declara una epidemia social que en todas las épocas anteriores hubiera parecido un contrasentido: la epidemia de la superproducción. La sociedad se encuentra de pronto arrastrada a un estadio de barbarie momentánea; el hambre, la guerra de exterminio, parecen haberla separado de todos los medios de subsistencia; la industria, el comercio, parecen destruidos. ¿Y por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de subsistencia, demasiada industria y demasiado comercio. Las fuerzas productivas que están a su disposición ya no sirven a la promoción de las relaciones de propiedad burguesas; al contrario, se han convertido en demasiado poderosas para estas relaciones, que ahora representan un obstáculo para ellas; y, tan pronto superan el obstáculo, llevan al desorden a toda la sociedad burguesa y ponen en peligro la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas se han vuelto demasiado estrechas para contener la riqueza producida por ellas. ¿De qué manera supera la burguesía las crisis? Por un lado, por medio de la destrucción forzada de un gran volumen de fuerzas productivas; por otro, mediante la conquista de nuevos mercados y la explotación más a fondo de viejos mercados. ¿De qué manera, pues? Las supera preparando crisis más universales y más poderosas y menguando los medios para prevenir las crisis.

Las armas con las que la burguesía ha derrocado al feudalismo se dirigen ahora contra la misma burguesía.

Pero la burguesía no solo ha forjado las armas que le darán muerte; también ha producido a los hombres que empuñarán esas armas: los *proletarios*.

En la misma medida en la que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, se desarrolla el proletariado, la clase de los trabajadores modernos, que solo viven mientras encuentran trabajo, y solo lo encuentran mientras su trabajo incrementa el capital. Estos trabajadores, que se han de vender al por menor, son una mercancía como cualquier otro artículo comercial, y por ello están expuestos de la misma manera a las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

[...]

Con el desarrollo de la industria, sin embargo, no solo se incrementa el proletariado sino que se comprime en masas mayores; su fuerza crece y se siente más. Al desdibujar la maquinaria cada vez más las diferencias del trabajo y al deprimir el salario del proletariado casi por todas partes a un nivel igualmente bajo, sus intereses y sus condiciones de vida se equilibran cada vez más. La competencia creciente de los burgueses entre ellos y las crisis comerciales que derivan de ello hacen cada vez más oscilante el salario del trabajador; el perfeccionamiento de la maquinaria, que se desarrolla de manera más rápida e inaudita, vuelve cada vez más insegura toda su situación vital; las colisiones entre el trabajador individual y el burgués individual adoptan cada vez más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros comienzan así a formar coaliciones contra los burgueses; marchan juntos por el mantenimiento de sus salarios. Incluso fundan asociaciones permanentes para aprovisionarse en caso de eventuales rebeliones. En algunos puntos se desata la lucha con insurrecciones.

De tiempo en tiempo triunfan los trabajadores, pero solo de manera transitoria. El auténtico resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unificación, que se extiende cada vez más, de los trabajadores. La unificación es promovida por los crecientes medios de comunicación, que han sido creados por la gran industria y que ponen en relación mutua a los trabajadores de las diferentes localidades. Solo es necesaria la relación para centralizar las numerosas luchas locales, del mismo carácter por todas partes, en una lucha nacional, en una lucha de clases. Tota la lucha de clases es, sin embargo, una lucha política. Y la unificación, para la que los ciudadanos de la Edad Media necesitaron siglos con sus carreteras vecinales, los modernos proletarios la llevan a cabo en pocos años con los ferrocarriles.

Anexo II

Fragmentos de cartas de Marx y Engels sobre la crisis del capitalismo (1856-1858)

Carta de Engels a Marx

Manchester, 14 de abril de 1856

El lío en Alemania resulta realmente más espléndido que nunca. [...]

Ahora empieza la última fase del lío: Rusia importa capital y especulación, y con tales distancias y ferrocarriles de cientos de millas, el lío se desarrollará tan bien que dentro de poco le romperá el cuello. Cuando oigamos de la Gran Línea Troncal de Irkutsk, con ramales a Pekín, entonces llegará el tiempo de hacer nuestro equipaje. Esta vez el crac será lo nunca visto; todos los elementos están ahí: intensidad, extensión universal e implicación de todos los elementos sociales con propiedades y dominio. Lo más gracioso de todo esto son los caballeros ingleses, que viven en la convicción de que con el comercio «sano», que predomina aquí, no podría suceder nada por el estilo; de que en la *producción* industrial no puede llevarse a cabo ningún lío fuerte, precisamente allí donde es sabido que con una pequeña inversión de capital en la producción directa puede ocasionarse en pocos años la marcha fúnebre de todos los mercados, y especialmente cuando existe una demanda tan colosal de capital para los medios de transporte; esto está bastante claro. Pero también la producción industrial está aumentando de forma significativa más allá de su dimensión gracias al lío en los medios de transporte, solo que de manera más lenta que, por ejemplo, en 1833-36 y 1842-45. Este año los precios del algodón van hacia arriba rápidamente en vista de una cosecha hasta ahora inaudita de 3.500.000 balas de algodón, que este año no nos parece mayor que nos parecieron los 2,5 millones de balas de 1850. A esto se añade que el continente [Europa continental] está importando este año casi 3 veces más que hace 5 años, como acredita la siguiente tabla de exportaciones desde América desde el 1 de septiembre hasta el 1

de abril de cada año (en miles de balas):

	1856	1855	1854	1853
Exportaciones hacia Inglaterra en 7 meses	1.131.000	963.000	840.000	1.100.000
hacia Francia en 7 meses	354.000	249.000	229.000	255.000
hacia otros puertos europeos en 7 meses	349.000	167.000	179.000	204.000

Por tanto, el continente que en 1853 importaba un 45/110, lo que es igual a 1/3 de las importaciones inglesas, importó en 1856 un 70/113, lo que equivale a 5/8. A esto hay que añadir todavía lo que el continente recibe de Inglaterra. Fíjate que la industria continental ha crecido incomparablemente más que la inglesa, y los caballeros británicos, estando en decadencia, tienen toda la razón para no comerciar demasiado con su industria algodonera, y que los años 1853 y 1856 se pueden comparar mejor, porque en ambos años la cosecha fue muy grande, fue de 3.300.000 y 3.500.000 balas. La gran exportación a Francia es solo aparente, porque una parte va de Le Havre a Suiza, a Baden, a Francfort y a Amberes. En este enorme crecimiento de la industria continental radica el germen con mayor capacidad vital de la revolución inglesa.

Carta de Marx a Engels

Londres, 26 de septiembre de 1856

¿Qué piensas del aspecto del mercado monetario? [...]

A diferencia de las crisis anteriores, esta vez Francia ha encontrado la forma en la que el lío puede ser propagado por toda Europa y ciertamente lo es. En oposición al refinamiento gabacho del saint-simonismo, los chanchullos con acciones y el imperialismo parecen retroaer la especulación interior inglesa a la forma primitiva del fraude simple y sin ambages. Así, Strahan, Paul and Bates, el Tipperary Bank de la memoria de Sadleir³⁹, los fraudes de Great City de la empresa Davison, Cole & Co.; ahora el Royal British Bank; y finalmente la historia del Palacio de Cristal⁴⁰ (4000 acciones falsas fueron lanzadas a la circulación). Pues bien, los tipos denominan «sonido del estado del comercio» al hecho de que los británicos especulen en el extranjero bajo banderas continentales y en el interior vuelvan al simple faude.

Además, esta vez la cosa cobra una dimensión europea como nunca anteriormente, y no creo

39 En 1855, el banco privado Strahan, Paul and Bates se declaró en quiebra. Dos meses después del juicio, el Tipperary Joint-Stock Bank, dirigido por John Sadleir, entró en quiebra también.

40 Construido en 1851 para la primera exposición internacional de la industria británica.

que podamos estar aquí mucho más tiempo como espectadores. Incluso el hecho de que ya hace algún tiempo que me instalé de nuevo en una casa y llegaron mis libros, me demuestra que está próxima la «movilización» de nuestras personas⁴¹.

Carta de Marx a Engels

Londres, 20 de octubre de 1857

La crisis norteamericana –que fue prevista por nosotros en la revista de noviembre de 1850⁴² cuando irrumpió en Nueva York– es maravillosa. El revés sobre la industria francesa fue inmediato, pues ahora los productos de seda se producen más baratos en Nueva York que en la golpeada Lyon. El lamento de los corresponsales de bolsa ingleses, que suena por su comercio inglés, es original y vivo, aunque sus clientes en el extranjero no gozarán de buena salud. ¿Y los dueños de las fábricas de Manchester? Los de Glasgow resulta ahora que han consignado muchos envíos.

Carta de Engels a Marx

Manchester, 15 de noviembre de 1857

La crisis se desarrolla esta vez de manera un tanto peculiar. El lío de activos en Francia y Alemania está presente desde hace casi un año en la crisis actual; Solo ahora la estafa de los principales activos ha llegado al colapso en Nueva York y, gracias a todo esto, se han tomado decisiones. Lo más maravilloso del caso es que a los yankees, que, como siempre, entran en quiebra con el capital extranjero, les ha llevado al lío esta vez el capital continental. [...]

Sería deseable que esta primera «recuperación» entrara en una crisis crónica, antes de que se produzca el segundo y definitivo golpe de gracia. La presión crónica es necesaria durante algún tiempo para caldear a los pueblos. El proletariado golpeará entonces mejor, con un mejor conocimiento de las causas y mucho más al unísono; del mismo modo que para que una carga de caballería se efectúe mucho mejor, los caballos tienen que haber trotado unos 500 pasos para llegar al galope frente al enemigo. No quisiera que sucediera algo demasiado pronto, antes de que toda Europa esté plenamente tomada, porque la lucha sería entonces más dura, aburrida y aquí o allá fluctuante. En mayo o en junio sería todavía demasiado pronto. Las masas tienen que estar condenadamente aletargadas por la larga prosperidad. [...]

Por lo demás, estoy como tú. Desde el momento en que estalló el lío en Nueva York, ya no

41 En el mes siguiente, Marx y su familia abandonaron la casa del 28 de Dean Street, en el Soho de Londres, y se trasladaron al 9 de Grafton Terrace, Maitland Park, en Haverstock Hill, en la misma capital inglesa.

42 Marx se refiere al artículo redactado con Engels «Revue. Mai bis Oktober» [Revista. Mayo hasta octubre (1850)], publicado en la *Nueva Gaceta Renana* (MEW, VII, pp. 421-463).

tuve paz en Jersey⁴³, y me siento enormemente bien en este derrumbe general. En cierta medida, la mierda burguesa de los últimos siete años, me había salpicado a mí también, y si ahora se lava, seré un tipo nuevo. Veo ahora que la crisis me hará tanto bien corporalmente como un baño de mar. En 1848 dijimos: ahora llega nuestro tiempo, y en cierto sentido llegó, pero esta vez llega completamente, ahora vamos a por todas. Por ello, mis estudios militares resultan de pronto prácticos, y me he lanzado inmediatamente a la organización existente y a la táctica elemental de los ejércitos prusiano, austríaco, bábaro y francés, y por lo demás solo a montar a caballo, es decir, a la caza del zorro, que es la verdadera escuela.

Carta de Marx a Engels

Londres, 24 de noviembre de 1857

Jones⁴⁴ desempeña un papel muy estúpido. Tu sabes que mucho antes de la crisis –y sin más pretensión que la de encontrar algún pretexto para la agitación en el período de calma– programó una conferencia cartista a la que debía invitarse también a radicales de la burguesía (no solo Bright, sino también tipos como Cunningham⁴⁵). En general, debía cerrarse un compromiso con la burguesía para que *a ellos* se les diera la urna si a los trabajadores se les otorgaba el sufragio universal. Esta propuesta ocasionó divisiones en el partido cartista, que comprometieron más profundamente a Jones en su proyecto. Ahora, en lugar de aprovechar la crisis para cambiar el pretexto mal elegido de la agitación por la agitación real, se mantiene en sus sinsentidos; sorprende a los trabajadores con sus sermones sobre la acción conjunta con la burguesía, mientras está bastante lejos de inspirar en esta la menor confianza.

Carta de Engels a Marx

Manchester, 7 de diciembre de 1857

La recolección del algodón de 1857, que está en 3 millones de balas (llegará a los 3,25 millones), ha perdido en total 15.000.000 de libras de mengua del valor hasta septiembre. Una firma local tiene 35.000 sacos de café en el aire, porque cada uno ya ha perdido una libra. En el algodón de las Indias orientales la pérdida es también muy elevada, del 33%. A medida que caiga el cambio por estas mercancías, tendrán que llegar nuevas quiebras.

Después de dos días de conversaciones, una gran firma norteamericana ha recibido un adelanto del Banco de Inglaterra de un millón, para salvarse con ello.[...]

43 Donde había ido a reponerse de una enfermedad.

44 Ernest Charles Jones (1819-1869), líder del ala izquierda del cartismo y editor de *People's Paper*.

45 John Bright (1811-1889), empresario inglés, líder del ala izquierda del partido liberal. No se ha identificado a Cunningham.

Como no se vende nada y el capital flotante es para la mayoría de nuestros fabricantes de telas y manufacturas muy escaso, muchos están completamente holgazanes. Estos días, 8 o 9 de los pequeños fabricantes dieron ya el salto mortal, pero esto es solo el primer síntoma de que la crisis ha alcanzado a esta clase. Hoy oí que los Cookes, los propietarios de una fábrica colosal en Oxford Road (la Oxford Road Twist Comp.), han tenido que vender sus perros, los sabuesos y otros perros de raza, y que se han deshecho del servicio y han tenido que abandonar su palacio, dejarlo. No han caído todavía, pero seguro que volarán pronto. 14 días más, y el baile estará aquí completamente en marcha.

La quiebra de Sewell y Neck arrastra gravemente a Noruega, que por ahora no había sido tocada.

En Hamburgo, Ullberg y Cramer (Suecia) han entrado en quiebra con un descubierto de 12.000.000 de marcos (de los que 7 millones estaban girados contra ellos mismos): ¡tenían un capital de no más de 300.000 marcos! Muchos tipos se han hundido ya que para algún cambio en concreto no podían disponer de efectivo y quizá tenían en los cajones cien veces esa cantidad en letras sin valor. No ha habido hasta hoy un pánico tan completo y clásico como el que reina ahora en Hamburgo.

Todo queda devaluado, absolutamente devaluado, salvo el oro y la plata. [...]

En Hamburgo, toda la historia consiste en la más magnífica caballería de letras de cambio que se haya visto jamás. Ha sido conducida muy alocadamente entre Hamburgo, Londres, Copenhague y Estocolmo. El crac americano y la caída en los productos sacaron a la luz toda la historia, y por el momento Hamburgo está comercialmente destruido. Por ello, los industriales alemanes, especialmente en Berlín, Sajonia y Silesia, están encajonados gravemente de nuevo.

Carta de Marx a Engels

Londres, 8 de diciembre de 1857

Resulta bonito que los capitalistas, que han clamado tanto contra el «derecho al trabajo», reclamen ahora de los gobiernos «apoyos públicos», y exijan en Hamburgo, Berlín, Estocolmo, Copenhague e incluso en Inglaterra (con la forma de suspensión de leyes) el «derecho al beneficio» con la exención de gastos generales. [...]

Por las noches trabajo como un loco en las síntesis de mis estudios económicos, con ello he de tener en claro las líneas fundamentales antes del diluvio.

Carta de Engels a Marx

Manchester, 9 de diciembre de 1857

Aquí, Schunck, Souchay & Co. habían girado letras sobre Hamburgo. Para ir completamente sobre seguro enviaron el montante en letras de cambio a siete días del Banco de Inglaterra. Fue devuelto con un protesto. ¡Solo la plata mantendría todavía algún valor! Letras endosadas a Schunck, Souchay & Co. y otras dos buenas firmas, a dos meses vista, no han podido ser descontadas por debajo del 12% la semana pasada.

Se entiende que todo esto que te digo de las firmas en cuestión tiene que quedar entre nosotros. Estaría en un problema del diablo si llegara a saberse que he hecho un mal uso de informaciones confidenciales.

Las casas comerciales de Liverpool y de Londres van a quebrar muy pronto.

Carta de Engels a Marx

Manchester, 11 de diciembre de 1857

En el caso de esta crisis la superproducción ha sido tan general como nunca antes, y resulta también innegable en las mercancías de las colonias e incluso en los cereales. Todo esto es muy conocido y ha de tener consecuencias colosales. La superproducción no solo se limita a la industria, que solo es la mitad de la historia, sino que también afecta a la agricultura, tanto en los trópicos como en las zonas templadas, lo que transforma el asunto en magnífico.

La forma, en la que la superproducción se oculta, es siempre más o menos la expansión del crédito, y esta vez de manera muy especial la «caballería de letras de cambio». [...] La génesis de la superproducción mediante la extensión del crédito y las transacciones excesivas puede ser estudiada con todo detalle en la crisis actual. No hay nada nuevo en el asunto mismo, sino en la forma maravillosamente clara en que se ha desarrollado ahora. [...]

En Hamburgo, los Merck solo se mantienen gracias a 15 millones de un anticipo del gobierno, y su firma aquí, cuyas cuentas fueron saldadas, tiene por lo menos *un* día más. El hombre principal de Merck en Hamburgo es el exministro del Imperio Dr. Ernest Merck, jurista, pero asociado.

Carta de Engels a Marx

Manchester, 17 de diciembre de 1857

La crisis me tiene endiablidamente sin aliento. Todos los días caen los precios. Además, ya

nos está rozando. Como mi viejo se quedó atascado, estos días tuvimos que adelantarle dinero. No estoy pensando que sea serio, aunque ahora todo me da igual.

Manchester se hunde cada vez más. La presión constante sobre el mercado tiene un efecto completamente enorme. Nadie puede vender. [...]

Los Merck están atascados, tanto aquí como en Hamburgo, a pesar de las 2 veces que fueron subvencionados. Se espera que entren en quiebra en unos días. [...]

El lamento ha comenzado también entre el proletariado. Por lo pronto, aún no se observan muchos elementos revolucionarios; la larga prosperidad ha desmoralizado de manera terrible. Los parados piden limosna y deambulan por las calles como no lo habían hecho hasta ahora.

Carta de Marx a Engels

Londres, 18 de diciembre de 1857

Trabajo de manera completamente colosal, la mayoría de los días hasta las 4 de la madrugada. El trabajo es doble, a saber: 1. Elaboración de los principios fundamentales de la economía (es absolutamente necesario que el público pueda llegar al fondo del asunto y para mí mismo salir de esta pesadilla); 2. La crisis actual. Sobre esto –además de los artículos para el *Tribune*– llevo un libro, pero me ocupa un tiempo considerable. Pienso que hacia la primavera podríamos hacer juntos un panfleto sobre esta historia, para tomar contacto de nuevo con el público alemán.

Carta de Marx a Ferdinand Lassalle

Londres, 21 de diciembre de 1857

La actual crisis comercial me ha aguijoneado a dedicarme seriamente a la elaboración de mis rasgos generales de la economía, así como también preparar alguna cosa sobre la crisis actual. Estoy obligado a matar el día con trabajos remunerados. Solo me queda la noche para trabajos *reales* y entonces sobreviene un inquietante malestar.

Carta de Marx a Engels

Londres, 16 de enero de 1858

Por lo demás, encuentro algunos bellos desarrollos. P. ej., he tirado por la borda toda la

doctrina del beneficio tal como existía hasta ahora. En el *método* de la elaboración, el hecho de que, por mero accidente, volviese a hojear la *Lógica* de Hegel, me ha sido de gran utilidad (Freiligrath encontró algunos volúmenes de Hegel que pertenecieron a Bakunin⁴⁶ y me los envió de regalo). Si alguna vez llegara a tener tiempo para un trabajo así, me gustaría muchísimo hacer accesible a la inteligencia humana común, en dos o tres pliegos de imprenta, qué es *lo racional* en el método que descubrió Hegel, pero que al mismo tiempo mistificó.

46 Bakunin se interesó en su juventud por las obras de Kant, Fichte, del cual publicó traducciones al ruso, Schelling y Hegel. En los años 40 residió en París y Suiza. El literato Ferdinand Freiligrath también estuvo en Suiza hacia 1844-45, tal vez entonces se produjo la transacción de los volúmenes de Hegel. Después Freiligrath coincidió con Marx en Londres y llegó a escribir para la *Nueva Gaceta Renana*, que dirigió el propio Marx.

Procedencia de los textos

Karl Marx: *Zur Kritik der politischen Ökonomie* (Manuskript 1861-1863), Text, Teil 3, en: Karl Marx - Friedrich Engels - Gesamtausgabe (MEGA). Zweite Abteilung «Das Kapital» und Vorarbeiten. Berlín: Dietz, 1978, pp. 1113-1155.

Karl Marx: *Theorien über den Mehrwert*. Band XXVI (3 tomos) de Karl Marx - Friedrich Engels - Werke (MEW). Berlín: Dietz, 1965 y ss.

Karl Marx / Friedrich Engels: *Das Kommunistische Manifest*. Mit einem Editionsbericht von Thomas Kuczynski. Treveris: Karl Marx Haus, 1995. Col.: Schriften aus dem Karl-Marx-Haus.

Karl Marx / Friedrich Engels: *Briefe*. Januar 1856-Dezember 1859, Band XXIX de Karl Marx - Friedrich Engels - Werke (MEW). Berlín: Dietz, 1963, 1970³.

Indice

Prefacio

Karl Marx. Las causas de la crisis económica

- [1. El problema de las crisis. Destrucción del capital por las crisis]
- [2. Crítica a las tesis de Ricardo en torno a al superproducción de mercancías]
- [3. Crisis derivada de la contradicción interna de la mercancía y el dinero]
- [4. Crítica a las tesis de Ricardo sobre la relación de producción y consumo]
- [5. La crisis y relación de la mercancía y el dinero]
- [6. Contradicción entre producción y consumo]
- [7. Retraso del mercado respecto de la producción en aumento]
- [8. Contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la limitación del consumo]

Anexo I

Fragmentos de *El manifiesto del partido comunista* (1848) sobre la crisis del capitalismo

Anexo II

Fragmentos de cartas de Marx y Engels sobre la crisis del capitalismo (1856-1858)

Procedencia de los textos